



Dr. JOSE SOLANES VILAPREÑO
un científico humanista

PERSONAJES UNIVERSITARIOS

Nº 4

UNIVERSIDAD DE CARABOBO

OFICINA DEL CRONISTA

PERSONAJES UNIVERSITARIOS

Colección producida por la Oficina del Cronista,
Fundada por: Fritz Küper y Luis Alberto Angulo

Coordinación general y cuidado de este número: Fritz Küper

Edición: Secretaría de la Universidad de Carabobo
© Oficina del Cronista, Universidad de Carabobo
ISBN: 980-233-302-6
Depósito Legal: LF. 55320018001502

Agradecimientos:

Al Diario "El Carabobeño", por habernos cedido gentilmente la mayoría de las fotografías que acompañan los textos de este cuaderno.

Diseño: Fritz Küper

Tipeo y montaje electrónico: Luis García.

UNIVERSIDAD DE CARABOBO SECRETARIA OFICINA DEL CRONISTA



COLECCION "PERSONAJES UNIVERSITARIOS" N° 4

Valencia, Venezuela / 2001



UNIVERSIDAD DE CARABOBO

Ricardo Maldonado G.
Rector

Jose M. Vegas Castejón
Vice-Rector Académico

Marfa Olivo de Latouche
Vice-Rector Administrativo

Jessy Divo de Romero
Secretario



**OFICINA DEL CRONISTA UNIVERSITARIO
SECRETARIA**

GUILLERMO MUJICA SEVILLA
Cronista de la Universidad de Carabobo

IVAN HURTADO LEON
Secretario Ejecutivo

Luis Cubillán Fonseca
Luis Alberto Angulo
Américo Díaz Núñez

Presentación

El Dr. José Solanes Vilapreño, llega a Venezuela en el año 1949. Viene contratado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social para encargarse de la Clínica Psiquiátrica de Anare. Desde ese año comienza la etapa venezolana de este eminente docente e investigador español. Ya en 1952 se encuentra en Valencia, en la Colonia Psiquiátrica de Bárbula, como Médico-Jefe de Servicios y en 1959 se incorpora como docente a la recién reabierta Universidad de Carabobo, en la Cátedra de Psicología Médica. Para 1979 es Jefe del departamento de Salud Mental de la Facultad de Ciencias de la Salud. Desde entonces José Solanes, se convierte en símbolo y referencia obligada de nuestra Universidad. Al maestro Solanes lo rodean un grupo numeroso de discípulos y compañeros de docencia, pues su carisma, su bondad, su sapiencia, su extensa cultura, su pasión por la Psiquiatría y la salud mental, su amistad con intelectuales, artistas, científicos e investigadores del país y el extranjero, consolida una carrera y un prestigio como pocos se han visto pasar por los predios del alma mater carabobeña.

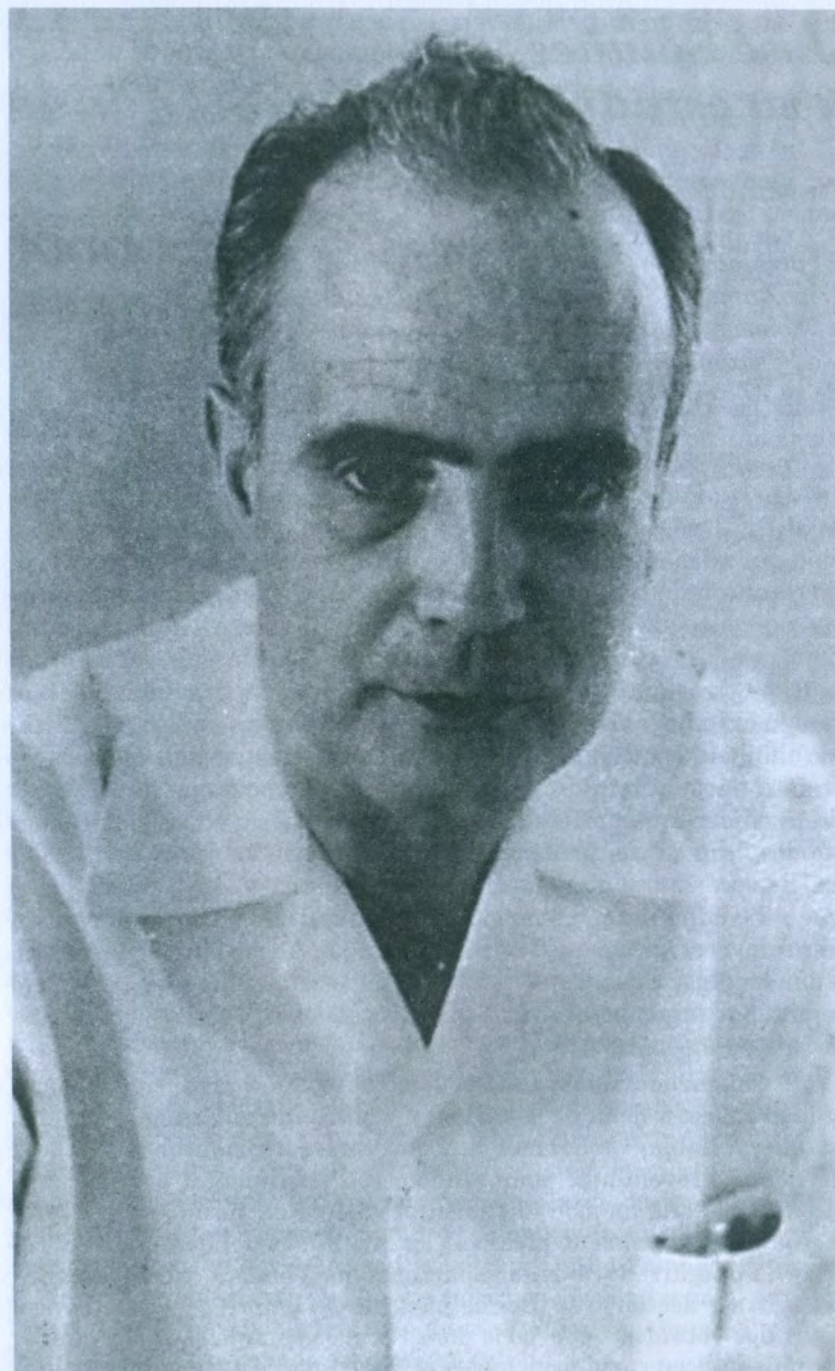
Es impresionante la hoja de vida profesional, académica y de investigación de Solanes Vilapreño, realizada en casi su totalidad desde la Universidad de Carabobo, representándola muchas veces en Congresos y Seminarios internacionales. Presidente de la Sociedad Venezolana de Psiquiatría y de Congresos de esa especialidad. Para el año 1989 es incorporado como miembro correspondiente a la Real Academia de Medicina de Barcelona en España. Sus libros, ensayos, ponencias, artículos de prensa, etc., llenan varias páginas de su libro de vida.

El tema del exilio -el fue un exiliado de su país, y sintió en carne propia esa experiencia-, domina gran parte de su obra investigativa, "**Los nombres del exilio**", libro editado por Monte Avila Editores en 1993, es quizás una de las más importantes obras escritas en torno al tema en los últimos años.

Solanes a su vez es autor de infinidad de trabajos sobre la ética, la alienación, la adicción, la depresión; y por sobre todo, el rasgo humanista de su obra investigativa y docente, se explaya en importantes títulos donde la literatura, el arte, la sociología, la historia, el teatro, la semiótica, los sueños, son tópicos de fácil abordaje y magistral resolución por su pluma de excelente escritor y crítico. No hay tema de las humanidades y las ciencias ajenos a su espíritu culto y su poder de análisis.

En el año 1990, la Universidad de Carabobo agradecida, le otorga el Doctorado Honoris Causa por su trayectoria y sus méritos académicos, por sus valores de hombre probo, digno y justo, por sus altísimas condiciones de docente y ejemplo inigualado para las generaciones futuras. En esa ocasión, sus palabras sentidas y sencillas se resumieron en una sola "la gratitud".

Apenas al año de aquel acto, el 10 de Marzo de 1991, el maestro Solanes fallece, con sus 82 años a cuestas. Este año 2001, se cumplieron diez de aquel día en que Solanes se exilió para siempre de estas tierras que tanto amó. En esta ocasión, la Universidad de Carabobo, a través de la Oficina del Cronista, le rinde homenaje con este Cuaderno de "Personajes Universitarios". Es lo menos que podía hacer la Universidad que tanto amó y a la cual dio su vida y su alma.



José Solanes y su estudio del destierro

Eugenio Montejo

El presente texto fue leído en el acto organizado por el Departamento de Salud Mental de la Universidad de Carabobo, en homenaje al Dr. José Solanes, fundador del Departamento y a la sazón profesor jubilado, con motivo de la celebración de su 77 aniversario.

Cuando gentilmente los amigos del Departamento de Salud Mental de esta Facultad me invitaron a participar en el acto de homenaje al Dr. José Solanes, acepté de inmediato, agradecido por la ocasión que se me brindaba de dar testimonio públicamente de mi hondo reconocimiento a un maestro a quien, por más que me extendiera, no conseguiría decir cuánto le debo. Hablo a título personal, pero me anima la convicción de que mis palabras las suscribirían muchos otros amigos que lo conocen desde hace tiempo, o que han tenido el impagable privilegio de contarse entre sus discípulos. Hablo también como hijo de la ciudad donde vive desde hace más de treinta años, quiero decir, como valenciano, como una de las voces de la ciudad que ha tenido la suerte de acogerlo en su clima, honrándose con su compañía y beneficiándose con su saber y su nobleza. Es verdad que no nací aquí sino en Caracas, pero Valencia, más que mi ciudad natal, es mi ciudad pre-natal. De su suelo provienen mis mayores, y en sus soleados campos ahora yacen dormidos. Cuando digo, pues, que creo ser una voz más de esta tierra, no miento; de seguro que en mis palabras se mezcla el tono agradecido de mis antepasados.

He comenzado nombrando el suelo de mis mayores, esta antigua ciudad nuestra llena de sol árabe y vientos ultramarinos, y lo hago porque al hablar de Solanes hay que empezar nombrando la tierra de donde provenimos, nombrándola con sentimental arraigo para entender lo que ha sido la pasión predilecta de su indagación intelectual durante más de medio siglo: la atadura del hombre a su tierra y la desgarradura de la separación que el destierro supone. Entre tierra y destierro se escribe para mí el nombre de José Solanes: estos dos vocablos, separados por el breve relámpago de un prefijo, se me aparecen como principales al aproximarse a su eximia biogra-

fía, de modo que todos sus logros humanísticos y científicos, que son muchos y eminentes, como sabemos, los siento en relación con estas dos determinantes nociones.

El tema del exilio es tan amplio como la historia del hombre. No sabemos quien haya sido en el mundo, desde el bíblico José hasta los expatriados de nuestros días, el que se haya visto forzado a añorar durante mayor tiempo su solar nativo. Se trata de un dato estadístico imposible de precisar y que resultaría sin duda inoficioso. Me atrevería a decir, en cambio, que uno de los que más ha consagrado sus desvelos al estudio del exilio es ciertamente nuestro homenajeado.

Hace ya casi cincuenta años, en una charla que contó entre sus oyentes a un testigo ilustre, el poeta francés Antonin Artaud, Solanes se ocupaba de la materia. Artaud, por cierto, dejó constancia de aquella velada en una conmovedora carta que hace años divulgamos, por bondad de su destinatario, en alguno de los iniciales números de la revista *Poesía*, que dirigía acertadamente el poeta Alejandro Oliveros. Hace cincuenta años el caso del proscrito, del peregrino, del desterrado, desvelaba su meditación, a la vez que le fijaba un derrotero a sus estudios. Los años han corrido y el maestro ha continuado con su investigación, acuciado por este tema verdaderamente inabarcable. Ahora mismo se encuentra revisando la edición castellana de *Los nombres del exilio y el espacio de la inmigración*, un lúcido y penetrante estudio antropológico sobre el exilio, que defendiera hace unos años como Tesis de Doctorado en la Universidad francesa de Toulouse-le-mirail. Vemos pues cómo la preocupación por los desterrados de todo tiempo y lugar es un dato imprescindible a la hora de comentar el trabajo humanístico del Dr. Solanes.

No podría ahora, aunque lo deseara, pronunciarme sobre las penetrantes reflexiones que su estudio compendia. He leído su libro con el deslumbramiento con que me he aproximado a muchas otras páginas suyas, pero creo que su exégesis demanda una competencia que supera mis modestos alcances. Cierta vez, hace algunos años, hallándome de visita en su casa, tuve ocasión de mirar el interminable fichero que a lo largo de todo este tiempo había ido juntando sobre los proscritos que en el mundo han sido. Confieso que sentí gran perplejidad ante tan imponente relación de documentos. Esas palabras, nacidas de tantos hombres privados de su tierra, me representan, desde ese día, la más secreta tierra de Solanes. El posee la clave para orientarse en ella y aclararnos a los legos en el asunto, tanto el sentido como el valor de quienes, por vía testimonial o analítica, se han aproximado al tema del exilio.

Cuando me enteré, sin embargo, de que los amigos que me invitaron habían fijado el propósito de mi intervención precisamente en el examen de ese estudio, consideré que lo más apropiado en este caso era referir mi experiencia de común lector, tomando aquí y allá entre sus páginas algunas nociones para comentarlas, como simple relación de un aficionado a la poesía que se permite glosar al margen, para su provecho, ciertas ideas, ciertos sentimientos y ciertos símbolos más o menos próximos a su sensibilidad. Me limitaré así a comentar algunas líneas de su estudio sobre el exilio, a sabiendas de que aun de este modo, mi contribución no puede ser más modesta.

Creo que el aprendizaje del oficio de la poesía ha llegado de la mano de los árboles. En mi sueño y en mi memoria la fuerza expresiva de su presencia se me impone con una intensidad que no logro transcribir como quisiera.

Anoto esta confidencia para subrayar con qué emoción he leído y releído lo que el maestro Solanes tan lúcidamente comenta a propósito del árbol como símbolo del exilio, el árbol del exilio, dentro del capítulo que trata de las representaciones fitomórficas de su tema. El árbol, que es el símbolo por antonomasia de la permanencia de la vida, de la "vida sin muerte", o "vida inagotable", conviene como pocos para ilustrar la noción del desarraigo que el destierro ocasiona. El exiliado se siente arrancado de raíz, trasplantado, puesto a crecer en una tierra distinta de la propia. ¿Quién no ha contemplado alguna vez la triste opacidad que cubre la fronda del árbol recién trasplantado?

Las ramas se repliegan exánimes, sin adaptarse al nuevo suelo, mientras las hojas languidecen y se marchitan. ¿No es ésta la misma lóbreguez que en ciertos cafés frecuentados por hombres desterrados solemos percibir? Recuerdo un bar de París adonde acudían emigrantes polacos. Sus abrigos, sus gestos, el periódico doblado bajo el brazo y los raídos sombreros reproducían la misma opacidad del árbol desarraigado. ¿Qué árboles eran éstos que entonces contemplaba? ¿Un haya, un abedul, un olmo? No sé. Sólo estaba seguro de que eran árboles que me resultaban poco conocidos, y que en su Polonia natal sus voces y sus gestos habrían manifestado ese espontáneo bienestar que el hombre y el árbol poseen cuando sus raíces no han sido molestadas.

En esta parte de su trabajo el maestro Solanes se detiene a comentarnos la suerte de algunos árboles que hoy, al verlos aclimatados en ciertas regiones, no llegamos a suponer que hubo un día en que también fueron árboles exiliados, tristes forasteros recién veni-

dos. Así ocurre -nos dice- con el maguey (l'agave) que es frecuente encontrar a la vera del Mediterráneo, pero que no llegó allí hasta el siglo XVI, demasiado tarde para ser mencionado en *La Odisea*; y así también sucede, entre otros, con nuestros mangos, esos pródigos amigos que provienen de la India. En los actuales días el manzano y el peral son convidados a domiciliarse en estas tierras soleadas, a "tropicalizarse", como dicen los botánicos.

El árbol que encarna el desterrado, sin embargo, me parece estar cerca de la representación del "árbol cósmico", representación en la cual, con mucha referencia, la imagen del árbol se muestra invertida, es decir, con las raíces en el cielo y la copa en la tierra. El desterrado sabe que por más que lo intente no logrará afirmarse en el ajeno suelo como lo hizo en el propio. El exilio, el verdadero exilio, supone un vuelco, un trastocamiento completo de las relaciones vitales, con lo cual todo va a quedar, o por lo menos así lo siente a menudo el proscrito, íntegramente al revés. No sólo será un árbol raro trasplantado a una tierra desconocida, será un árbol cuyo único arraigo va a estar en el abierto universo. El desterrado, a lo largo de su dura experiencia, no cesará de comprobar que las verdaderas raíces nacen para arriba.

Dentro de este trastocamiento que el exilio impone al hombre, una de las manifestaciones más significativas tiene que ver con la lengua del país adonde llega. Las nuevas voces rebotan ante el oído del forastero como peces extraños. Las palabras se le aparecen escritas con una grafía casi siempre incompresible, tan inhabitual para sus ojos como lo fue tal vez la suya propia en la cartilla de sus primeros años. Aquí el símbolo del árbol ya no nos acompaña. Los árboles, como sabemos, hablan poco, y casi siempre entre ellos, raramente con los hombres. Quizá convenga el símbolo del pez, porque las palabras entonces se vuelven mudas e inescrutables. Casi se pueden mirar con sus ondulantes ojos fijos, sin que se sepa lo que ellas significan. Nos acercamos aquí al misterio que acarrea, según Solanes, la confusión de las lenguas. Pronto advierte el desterrado que su peculiar pronunciación a menudo será objeto de comentarios cuando no de mofa entre los miembros del país que lo acoge. Solanes cita, entre otros ejemplos, el caso de Ovidio, el gran poeta latino que nunca llegó a consolarse de la añoranza de su esplendorosa Roma ni, mucho menos, de la proximidad cotidiana de la lengua en la que había compuesto notables poemas. Con el tiempo el gran Ovidio se hará bilingüe de la historia, según nos dice nuestro maestro. Es su hora de inmersión en la pecera.

No es sorprendente que los mayores testimonios dolorosos en cuanto a las lenguas nos lo suministren los poetas obligados a vivir en lugares distintos y distantes. Recordemos el temor de Pasternak de abandonar Rusia cuando Kruschef lo amenazara con no dejarlo entrar si se atrevía a viajar a Estocolmo a recibir el Premio Nobel. “No puedo vivir fuera de Rusia”, decía el gran lírico moscovita en las primeras líneas de su carta. En verdad, era fuera de la lengua rusa donde temía no poder vivir a sus años. Recordemos asimismo la mofa de los niños ingleses a Verlaine, cuando al salir éstos de su clase de francés le preguntaban al poeta en la calle: -Señor, ¿cómo se dice agua en francés? (How do you say water in French?) Cuando Verlaine, que según dice Borges, “era inocente como los pájaros”, les respondía l'eau, ellos gritaban a coro: ¡Waterloo, Waterloo! Una infantil venganza británica contra las huestes napoleónicas que tomaba tristemente por blanco a uno de los mayores poetas del siglo XIX.

“Naturaleza da una madre sola y una sola patria”, dice Andrés Bello, quien mucho supo de la nostalgia de vivir fuera de sus lares. Una única madre y única patria, anota Bello, pero también cabe de-



El Dr. José Solanes, junto al poeta Eugenio Montejo, en ocasión en que este último leyó el trabajo que publicamos en este cuaderno.

cir una sola lengua. Pues sabemos que aún a aquellos que han sido instruidos en el dominio de varios idiomas, por crecer en ambientes políglotas, les toca escoger, entre las que dominan, una sola para su expresión literaria, y la selección no resulta fácil ni ocurre sin tribulaciones. George Steiner ha consagrado un notable estudio a este fenómeno, que él mismo, como se sabe, sufrió en carne propia, pues habiéndose formado desde niño con pareja aptitud en el dominio del francés, del alemán y del inglés, no fue sin la ayuda del Psicoanálisis como optó finalmente por este último idioma. Steiner se concreta en su perspicaz ensayo a examinar el raro caso de escritores que, como Nabokov, como Conrad, como Cioran, han salido con éxito de la prueba del cambio de idioma ganando merecida fama en la lengua adoptiva. Entre narradores y ensayistas, el hecho, aunque nada frecuente, ya vemos que es probable. No abundan sin embargo los poetas que hayan podido franquear con suerte la barrera de la lengua materna. Los poemas franceses de Rilke, por ejemplo, constituyen una marginalia interesante de su obra, pero en nada comparable a las *Elegías de Duino*. Y es que para el poeta la lengua constituye mucho más que propia piel, pues la lengua no posee zonas menos vibrátiles que otras, sino que todo resulta en ella enteramente insustituible. El ilustre historiador de las religiones, el rumano Mircea Eliade, lamenta en una página de su *Diario* la suerte de su compatriota, el poeta filósofo Lucian Blaga, cuyo arte se circunscribía al universo minoritario de su lengua. Confiesa en ese *Diario* que lo indujo al cambio del idioma tal como en definitiva lo hicieran el mismo Eliade, Ionesco y Cioran. No sabemos, Eliade no nos dice, cuál pudo ser la respuesta de Blaga. De haberse decidido a optar por otro idioma había podido escribir en alemán ya que desde niño la lengua germánica fue la de sus estudios y hasta se doctoró en Viena, en la Viena de Wittgenstein, de Schönberg, de Kokoschka y de Freud, entre otros. Tal vez Blaga, que casi no hablaba, que al autorretratarse dice en un poema: “*Lucian Blaga es mudo como un cisne. / En su país la nieve del ser / ocupa el lugar de la palabra*”, tal vez Blaga no diera respuesta alguna. Pero para sus adentros quizá murmuraría lo mismo que el poeta catalán Nicolás Espríu dijera en una ocasión a propósito de la suya: “esta antigua lengua, si ha de morir, no morirá conmigo”.

Llegado a su nueva tierra, el exiliado ha de vérselas, pues, ante todo, con las palabras, esos peces de ojos interrogadores que en la lengua propia no se perciben y que en la ajena tanto nos extrañan. Alguna vez en una taberna holandesa donde me encontraba de paso, he cavilado en el destino de los desterrados, mientras sentía

que cada palabra se me objetivaba en su sonido concreto, para mí desconocido. El fenómeno se manifiesta aun en nuestra propia lengua cuando en otros países la sentimos sujeta a entonaciones diferentes de las que nos son habituales. Del castellano que hablamos en Venezuela -me dijo una vez el maestro Solanes- lo primero que llamó su atención fue el notorio predominio de las vocales que hasta entonces no había oído recalcar de tal modo. Quizá esta peculiaridad del habla costanera de nuestro país, se halla en relación, de acuerdo con lo afirmado por Angel Rosenblat, con una característica común a los hablantes de zonas de poca altitud que contrasta con las regiones más elevadas donde, a medida que se asciende, las consonantes ganan su lugar.

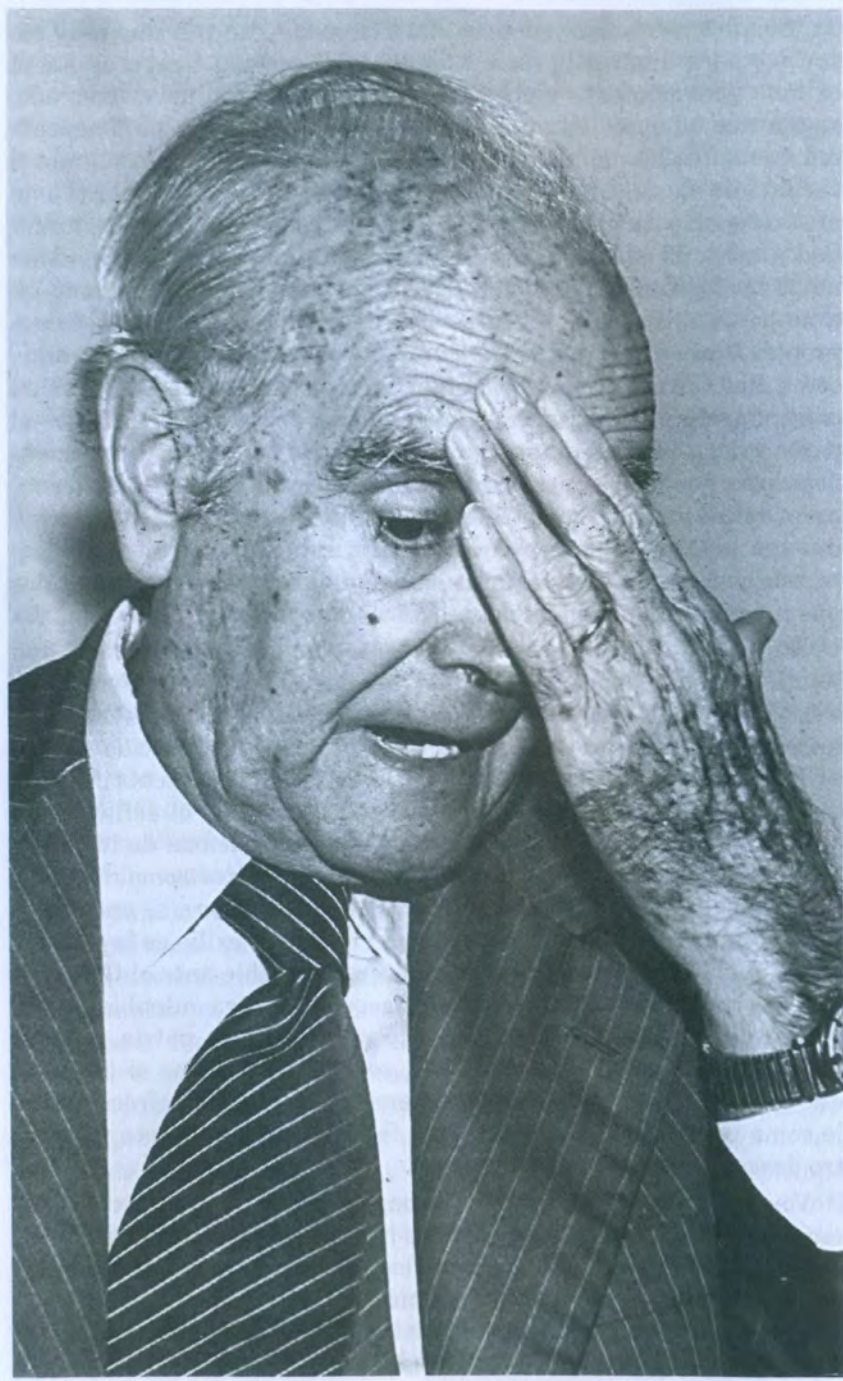
Pero acaso más que la forma del habla, más que el léxico peculiar de cada región, la nostalgia se vincula con el tono específico, con la música verbal que nos determina de un modo que no reconocemos hasta no separarnos de nuestros predios. Recuerdo una noche en un aeropuerto londinense, en vísperas de un viaje. Tal vez para prevenir la impuntualidad criolla, los directores de la línea aérea habían hecho grabar un mensaje de llamado a bordo en nuestra lengua. Tenía yo entonces varias semanas sin haber escuchado una sola palabra en castellano, ni la esperaba oír en ese momento. De modo que entre tantos avisos dichos en inglés acerca de aviones y aviones que partían, cuando escuché la voz de una mujer venezolana que llamaba a tomar el avión, comprobé asombrado la profunda relación que aquella cálida voz tenía con mi propia vida. Al punto, y sin que lo esperase, reviví con ella el eco de muchas voces familiares y queridas que no esperaba escuchar en ese instante.

Con palabras nuevas tiene que vestir el desterrado su nostalgia de las palabras que dejó en la tierra de los suyos. Por el estudio de Solanes nos enteramos de que también un tiempo y un espacio nuevos reemplazan, por decirlo así, las nociones de tiempo y espacio tal como antes las concebía. "El exilio le hará descubrir -nos dice- no discursiva sino experimentalmente, de manera vivida, las fronteras entre lo individual y lo colectivo, lo normal y lo patológico, lo sagrado y lo profano". En cuanto al tiempo, a menudo le embarga la sensación de percibir cierto ritmo acrónico, tipificado en el destiempo, donde las horas parecen transcurrir de acuerdo con un reloj caprichoso, distinto del que antes gobernaba su íntima relación en el curso de su existencia cotidiana. Si para algunos pueblos primitivos "el año es un círculo alrededor del universo", para el desterrado ese círculo jamás se cierra; ni siquiera es un círculo, sino a lo sumo una sucesión de nostalgias que no logran revelar una forma defini-

da. Solanes nos habla, además, del *desespacio*, un término muy expresivo para ilustrar la recreación de la dimensión temporal que el exilado generalmente emprende. El nuevo espacio del desterrado, según nos advierte en su estudio, no constituye una prolongación del que antes ha dejado en su país cuando partiera. Al examinar el testimonio de los desterrados comprueba que éstos atribuyen al nuevo espacio características de frialdad, oscuridad, estorbo, inanidad y vacío. El desespacio, nos dice, también se concreta en el fenómeno de la *elasticidad de las fronteras*, esto es, del sentimiento común a no pocos exiliados de llevar a donde quiera que se trasladen: sus propios límites, su ciudad de siempre, que los sigue por el mundo como dice Cavafy en un poema que Solanes cita en el epígrafe de su capítulo sobre el *desespacio*. "Esta ciudad te ha de seguir -dice el poeta griego- donde quieras que vayas verás las mismas calles, envejecerás en los mismos arrabales". Con cada inmigrante llegan, pues, calles y plazas que tal vez desconocemos, pero que ellos conocen tan bien como para no querer salir nunca de sus ámbitos. Las fronteras reales nada pueden contra esas geografías sentimentales que introduce la nostalgia del recién venido.

En un espacio y un tiempo diferentes habita el desterrado; con una lengua desconocida tiene que vérselas; todo, hasta la creciente intensidad de la añoranza, con la cual ha de vivir día tras día, va a hacerle descubrir una realidad que, de haber permanecido en sus propios lugares, tal vez no habría advertido. Este descubrimiento, que no se cumple sin pena, viene a proporcionarlo el exilio. Es la enseñanza del exilio. ¿Qué es lo que aprende, además de idioma y ciertas costumbres, inmerso en el destiempo y el *desespacio*? Aprende, dice sabiamente Solanes, que exiliado en la tierra se encuentra todo hombre con sólo nacer porque el verdadero exilio es la vida. Si en su pueblo a lo sumo puede reconocerse culpable ante el Gobierno que lo expulsa, en el pueblo que lo acoge se sentirá culpable de ser, vale decir, de haber nacido. Por ello no cambia de patria, sino de mundo, por ello, concluye Solanes, se adaptará mejor si la tierra que lo recibe le permite gozar los bienes de la libertad, ofreciéndosele como una ventana para mirar la faz inédita del planeta y el rostro desconocido de sus habitantes.

Voy a referirme ahora a dos formas de exilio que vinieron a mi memoria mientras me ocupaba en la instructiva lectura del libro del maestro Solanes. La primera es antigua, tan antigua y cruel que afortunadamente ha desaparecido. Se trata del caso del hijo expósito, del recién nacido que era víctima de un rígido sistema de castas, a quien dejaban abandonado a la puerta de una casa. En



esta casa, por completo ajena a los suyos, encontraba el niño expósito nombre y cuidados, así como parentescos de adopción que hacían que se le tuviera por hijo propio. Sin embargo, a la angustia de desconocer a sus padres verdaderos y su propio origen, se sumarán también, como fue el caso durante los días de nuestra dependencia colonial, las terribles trabas de la llamada pureza de sangre, sin la cual no podía desempeñar ciertos cargos de significación, salvo mediante dispensas difíciles de conseguir. Expósito, desterrado en su propia tierra, fue Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. Con los años veremos que de expósito pasa a desterrado verdadero, y como tal recorre medio mundo, ejerciendo los más variados oficios y cuidándose de borrar sus propios rastros hasta hacernos casi imposible su biografía en los días actuales. Sus continuos cambios de nombre, su permanente errancia, tienen que ver sin duda con el primitivo destierro que como expósito se le infligiera. Expósito fue también el caraqueño José Domingo Díaz, el más acérrimo enemigo de la causa independentista en Venezuela. En su libro *Recuerdos de la rebelión de Caracas*, escrito en 1829, durante su destierro en España, lo encontramos tomado enteramente por un odio del que nunca logró recuperarse. Lo que Díaz no pudo perdonar a la élite patricia que tanto lo despreció en salones y fiestas, era que ésta le arrebatara lo que tal vez era más suyo que de todos ellos: la rebelión contra el orden instaurado. Mucho le había costado su título de médico y mucho más, sin poseer origen ilustre, llegar a ser Director del Hospital de Caracas, un cargo que también pretendían ciertos colegas suyos de respetado linaje. A José Domingo Díaz el destino quiso dejarlo, al nacer, a las puertas de una casa ajena, y más tarde, luego de la guerra de independencia, a las puertas del régimen monárquico, sin más paño que el odio para cubrirse. El expósito ha desaparecido en nuestros días, felizmente y, con él, esta oprobiosa manera de destierro dentro de su propia patria.

La otra forma de exilio a que quería referirme es mucho menos maléfica, y si la traigo a colación es porque trata del nombre o, más bien, del cambio de nombre. Me refiero a la pseudonimia a que algunos, por destierro verdadero o por señuelo literario, cedemos alguna vez. Como se deja un país atrás, se deja también un nombre para no volver nunca más a él. El nuevo nombre se adueña de nuestra identidad y desplaza al que antes tuvimos. Pienso que, sin extremar demasiado las cosas, entre los nombres del exilio cabe esta mención del empleo de la pseudonimia. En países como Argentina, adonde han ido muchos emigrantes de lenguas "pedregosas e impronunciables", como dice Ramos Sucre, no es extraño que alguien

que tiene en su apellido siete consonantes seguidas prefiera más cordialmente llamarse Estévez o López.

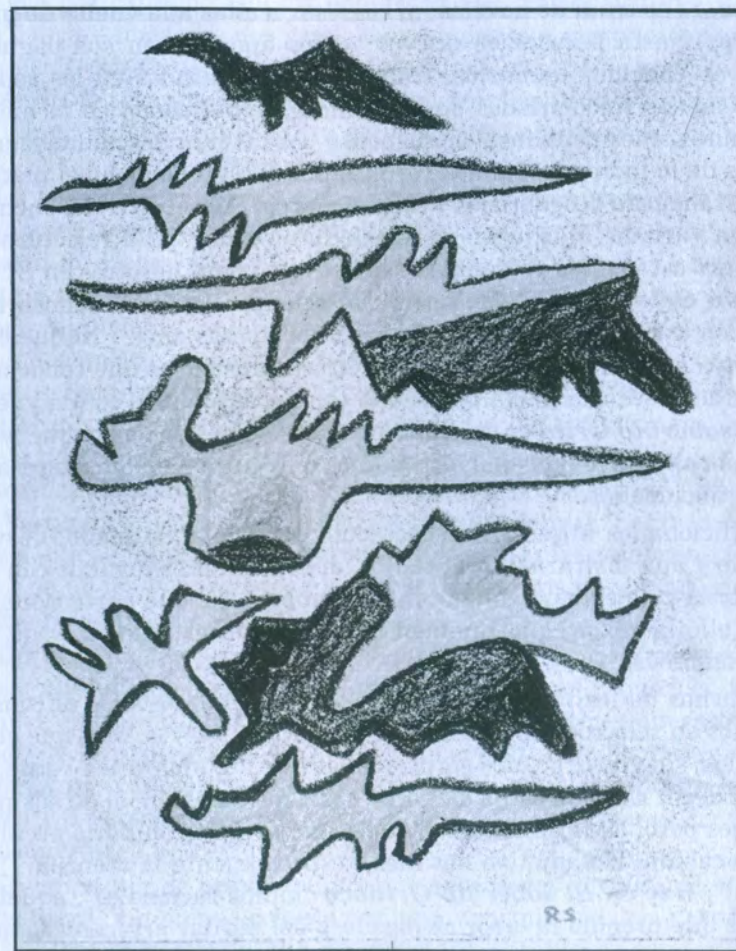
Termino ya esta ligera aproximación al magistral estudio del Dr. Solanes sobre el tema del exilio, cuya edición castellana deseamos todos tener pronto con nosotros. Como exiliados nos reconocemos al cabo de la lectura de sus páginas, en el sentido esencial en que todo hombre lo es, pues exilio es siempre la vida.

En una declaración suministrada a la prensa, hace ya varios años, anotó el maestro Solanes una sentencia que he hecho mía desde entonces. Decía él entonces: "El saber no nos dispensa de ser". Quería advertir con ello, así lo entendí al leer el periódico, que por mucho que aprendamos y lleguemos a saber, nada valemos si ese poco o mucho conocimiento no lo encarnamos en un ser verdadero, en un hombre capaz de ayudar a los otros con generosidad y nobleza. Así lo entendí entonces porque así lo he comprobado en su vida y en su obra desde las casi tres décadas que llevo conociéndolo.

Deseo expresar especialmente mi agradecimiento a los doctores Elleen Celis de Oliveros, Carlos Rojas, Pedro Téllez Carrasco, Miguel Efraín Sedek y Vicente Pontillo por haberme dado la oportunidad de intervenir en este homenaje a nuestro querido maestro.

Finalmente, deseo concluir con unas palabras que el grán escritor argentino José Bianco, fallecido hace poco, dijera acerca de Borges, y que yo estoy seguro todos los presentes hacemos nuestras a propósito del maestro que esta mañana homenajeamos: "Muchas miserias y dolores de estos últimos años parecen compensarse sabiendo que hemos vivido durante los mismos años que ha vivido José Solanes entre nosotros". Muchas gracias.

LA TAREA DE LAS PALABRAS



JOSE SOLANES

Docilidad de las palabras y soberbia de la razón

El que no lea de joven, de viejo no podrá releer. Y ni siquiera podrá darse cuenta, al caminar por los años áridos, que la ocasión dejó escapar de cobijarse entonces bajo frondas propicias: los libros tiempo atrás leídos, en efecto, con el abono del olvido echan nuevos ramajes. Si se trata de novelas, al regresar a ellas a la vuelta de unos lustros, hasta personajes nuevos vemos aparecer en sus páginas. Nuevos podemos llamarlos. Hallábanse acurrucados en los repliegues menos frecuentados de la memoria, igual como, en la mente del autor, encontrábanse en suspenso por las aún descuidadas avenidas de lo increado. No nos resulta, pues, del todo ajeno el placentero trabajo de descubrirlos y darles cuerpo. Sólo el sitio del encuentro ha variado. Mas, como veremos, la novedad en la relectura no siempre está en los personajes. No lo estuvo para nosotros en *El soberbio Orinoco* de Julio Verne que releímos en la cuidadosa traducción tan bellamente editada hace unos pocos años¹. No fue éste nuestro primer regreso a Verne. A otros libros suyos que conocimos en la adolescencia habíamos vuelto con encanto, mas, con la vuelta a *El soberbio Orinoco*, vivimos otra clase de experiencia que, yendo más allá de lo personal, estimamos que quizás pueda interesar a otros aficionados.

¿Aficionados a qué? Al espectáculo del habla vistiendo, desvistiendo y aún disfrazando conceptos, de los hombres jugando con las palabras y de éstas jugando con los hombres. ¿Y qué parte tiene en todo ello la razón, que también es una palabra? Una es, y de las más temibles.

Muchos de los personajes que surgieron ante nosotros al constituirnos en lector nos parecieron, en verdad, nuevos. Más que ellos mismos, sin embargo, nos sorprendió lo que algunas veces Verne les hacía decir. El llano estilo de Verne era, aquí también, el de sus personajes pero, en la simplicidad de sus giros, un vocabulario peculiar tenía cabida. Un adjetivo nos llamó especialmente la atención: "racional". Hay en *El soberbio Orinoco* "indios racionales": aquéllos en los que prendió la labor civilizadora del militar arrepentido que, convertido en misionero y escondido en la selva, es el personaje cuya búsqueda se confundió con las de las fuentes del río y dio lugar a la narración. Mas, hay también, y quizás no todos los lectores lo

saben, "indios racionales" en la realidad venezolana de hoy. Nosotros, en todo caso, lo ignorábamos y no vinimos a enterarnos sino cuando, hace unos pocos años, tuvimos ocasión de oír hablar de ellos al Indio Figueredo en una especialmente gratificadora conversación que, en San Fernando de Apure, aceptó tener con un pequeño grupo de visitantes. Con cierto dejo compasivo, llamaba el Indio Figueredo "racionales" a los indios que, por decirlo así, iban dejando de serlo, que iban siendo ganados por la vida de los llaneros: los transculturizados, diríamos usando una palabra que no hemos tenido empacho en tomar de los que, precisamente nos transculturizan. No era por capricho que los nombraba así: "racionales que les dicen", recordamos que nos precisaba, dándonos a comprender que la expresión era de uso común en la "frontera" venezolana. ¿Cómo había dicho término introducido, y con igual sentido, en el texto de un lejano autor europeo? ¿Era en verdad ésta la palabra que Verne usó? ¿No le habría sido prestada por su traductor?

La cuestión nos intrigó y nos empeñamos en buscar el original. Algo nos costó encontrarlo y cuando finalmente pudimos dar con la edición de Hetzel de 1893, no fue sin emoción que, en la segunda página del XIII capítulo encontramos la palabra: allí estaba destacando netamente del texto francés, bien impresa en español y cuidadosamente enmarcada por unas comillas con las que el autor quiso señalar su especial vinculación. El traductor había sido fiel. Era el mismo Julio Verne que había descubierto el término, la voz que a tantas lenguas y entonces a tantos días de distancia de su escritorio, había sabido hallar en la periferia de una rústica Venezuela. Verne inventó la universidad de Ciudad Bolívar y el tren con el que a ella se tendría que ir: inventó cosas, mas no palabras. ¿Cómo fue que de los venezolanos alcanzó a conocer mejor el modo de hablar que el modo de viajar?

Dóciles son las palabras. Se dejan llevar por nosotros y, sin la susceptibilidad de las personas por la prelación, el rango o la precedencia, permiten que las pongamos en el orden que queramos. A modo de lazarillos, son ellas, en ciertas oportunidades, las que nos guían y por caminos sólo de ellas conocidos, nos llevan hasta la sorpresa y a veces hasta la verdad. Dóciles son las palabras: hasta en ocasiones para uno atraviesan la mar.

Digamos por de pronto cuánto nos agradó ver que en una lengua extranjera, aunque sólo fuera por una vez, una palabra castellana se hubiera introducido que no guardaba parentesco con las otras que los idiomas ajenos nos toman prestadas, teñidas todas ellas como son de tremendismo: guerrilla, auto de fe, pronunciamiento,

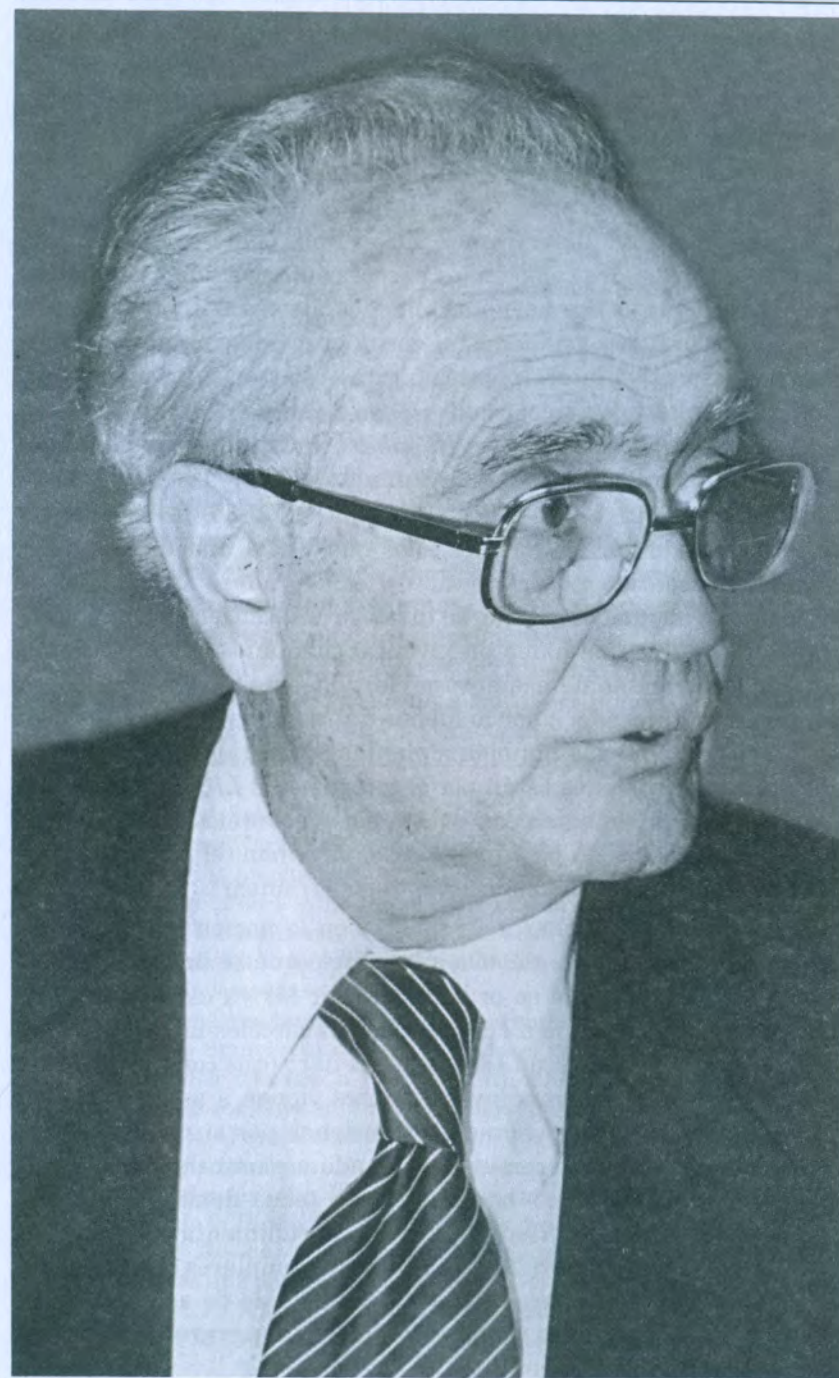
desesperado (como con la desesperación acostumbran a escribir, comiéndose una sílaba)... Racional sería el primer vocábulo de sosiego tomado del español. Y digamos enseguida después que, en Venezuela, no estuvieron solos los indios racionales en reclamarse de la razón. Hubo también los caballeros racionales. Este era uno de los nombres de la logia Lautaro, llamada también Gran Reunión Americana que, fundada según se dice por Miranda, estuvo activa en los últimos tiempos de la Colonia. ¿La razón de los caballeros fue la misma que la de los indios? A éstos eran, y son sin duda todavía, los que creen en Dios que los "racionalizan". En tiempos de Miranda, la razón era cosa de ateos o, en todo caso, de los apenas menos execrables deístas.

En 1765 los jueces franceses condenaron a ser "lacerado y quemado por el ejecutor de Alta Justicia" el Diccionario filosófico portátil. A Voltaire, su autor, ocurriósele entonces reimprimirlo cambiándole el título e hizo aparecer *La Razón por orden alfabético*². "La razón terminará por tener razón". Escribió d'Alembert hacia la misma época.

"El sueño de la razón engendra monstruos", advertirá Goya tiempo después. Y entretanto, en los días revolucionarios, desfilan por las calles de París procesiones en honor de la Diosa Razón que, en los grabados de la época, podemos ver llevada en andas bajo la forma de una matrona de acartonado empaque galo-romano³.

¿Qué ha pasado desde entonces? El último avatar de la Diosa Razón es sin duda la computadora. En su encarnación anterior, los regicidas la adoraron; ahora, en la nueva, son los ejecutivos (y ejecutores) los que le rinden culto. Ante sus altares, pantallas traslúcidas en las que centellean signos certeros y cifras proféticas, offician numerosos sacerdotes, engañosamente llamados técnicos, repartidos tanto en los aeropuertos, como en las centrales atómicas, en los estados mayores de los ejércitos, en los de la policía y aun en modestos y casi anónimos despachos... Mas en ninguna instancia se pronunciaron tan inapelables decretos y ninguna autoridad exigió, y obtuvo, tan servil acatamiento. Es en esa soberbia de la razón donde ha encontrado heredero la soberbia de los dictadores que nunca se equivocaban. La libertad, huérfana al parecer del apoyo de lo racional, busca ahora sostén en lo contrario, y los sucesores de los ilustrados enciclopedistas enemigos de la opresión, hay en nuestros días que buscarlos en autores de la llamada literatura del absurdo.

En la juventud, cuando por la primera vez tomamos contacto con un libro, leemos con orejeras: por gusto o por obligación nos



empeñamos en concentrarnos, en no dejarnos seducir por lo que nos parezca ajeno al objeto principal de la obra, eludimos los temas que por entre los párrafos asoman invitando a parásitas distracciones. Leemos encallejonados, pendientes del argumento (que deseamos ver concluir) si se trata de una novela, o atentos al debate y a la lección que lo resume, si se trata de un libro sabio. Las relecturas nos liberan y dejan que discurremos por el libro como por una calma avenida, entretenidos como en los paseos solitarios con los ensueños o reflexiones que se nos vayan acudiendo, que eso es también discorrir. Y nos permiten asimismo, si en un cruce de caminos -o de temas- la perspectiva lateralmente abierta nos atrae, adentrarnos por ella bien dispuestos. Es así como se pasa a menudo de una relectura a otra. Digamos cuál fue la que *El soberbio Orinoco* vino a proponernos: Julio Verne nos condujo a Samuel Butler.

Recordemos que Samuel Butler (nacido en 1835) es este inglés que, escribiendo por los mismos años que Verne (nacido en 1828), escribió en sentido contrario al de él. Verne se complacía en anunciarnos las máquinas que se inventarían; Butler advertía acerca de los peligros que había en inventar máquinas. Ambos han resultado ser profetas de asombrosa clarividencia. Las maravillosas máquinas han llegado y, por lo menos con algunas de ellas, los peores riesgos han llegado también a plantearse. Butler afirma que sus alarmantes previsiones están por él tomadas del *Libro de las máquinas*, obra que imagina compuesta por un cauteloso sabio del pasado imaginario de un país imaginario. Erewhon (el país de ninguna parte, en *Sin-donde*, podríamos quizás traducir).

Erewhon supo escuchar a su sabio, y en la nación todas las máquinas se proscribieron: no sólo se prohibió que se inventaran máquinas nuevas sino que se ordenó destruir las ya existentes o, en todo caso, encerrarlas bien custodiadas, en cárceles-museos. El motivo era que, según el estudioso autor del libro (que con tanta anticipación decía lo que ciertos investigadores vienen a apuntar ahora) las máquinas podrían ponerse a evolucionar por sí mismas, igual como los seres vivos fueron evolucionando a partir de los más elementales hasta llegar al hombre, que a todos domina. De igual modo las máquinas partiendo de las más rudimentarias, podrían llegar, en un implacable desarrollo, a crear ejemplares que incluso a los que dominan dominaren. Una radical medida de asepsia se imponía, y hasta los relojes fueron prohibidos: era grave delito introducir uno al país.

El *Libro de las máquinas* se estudiaba, junto con otras enjundiosas obras, en unos Colegios de la Sinrazón en los que se formaban las clases dirigentes⁴.

De los indios "rationales" de las riberas del Orinoco resulta salvable haber saltado a los diplomados "en sinrazón" de las ciudades erewhonianas. Muertos para un mundo y aún no bien nacidos en otro ninguno, los indios, tanto los del tiempo del escritor Verne como los del músico Figueredo, no son quizás sino el triste ejemplo de la incierta condición en que todos podemos caer si, mandándonos demasiado, la razón se desmanda. "Racional" nos parecía al principio palabra de sosiego: ya no estamos tan seguros de su mansedumbre. Confiemos en que, pastoreada por la cordura -y por el sentimiento, su can rabadán auxiliar, de tan previsor olfato- la razón se aleje de los acantilados a los que le llaman las máquinas, como las sirenas de la Odisea atraían con sus cantos a los navegantes. Las máquinas, esos seres que no duermen nunca: y ése era uno de los más graves reproches que se les hacía en Erewhon. El sueño de la razón produce monstruos, es verdad. Mas ¿qué producirá la eterna vigilia razonante de las máquinas? Sólo otras máquinas podrá engendrar. Y entre las que de su inclemente posteridad surjan, algún día figurarán aquéllas cuya tarea será la de envolver la Tierra en esos desiertos post-atómicos que a tantos millones de personas tienen ya en zozobra.

- 1) Publicaciones Selevén. *Hyspamérica*. Caracas. 1979. La traducción es de Julia Pérez. Introducción de Oscar Yanes. Los indígenas "rationales" aparecen en la página 104.
- (2) El título de la obra editada en 1769, era en realidad *La raison pour alphabet*. En las innumerables ediciones ulteriores, han desaparecido de la portada tanto lo portátil de la edición condenada como la razón de la impresión sucedánea.
- (3) No olvidemos que también Goya quiso representar a la diosa. Entre sus *Caprichos* figura uno con esa leyenda al pie: *Divina Razón. No deges ninguno*. Nos muestra a una moza coronada de flores, sencillamente vestida, que sostiene en una mano unas balanzas y en la otra empuña un látigo con el que ahuyenta una bandada de cuervos. El dibujo respira frescura y movimiento. En el joven rostro de la divina una sonrisa algo irónica está asomando. La de Goya nos parece la única en verdad adorable Diosa de la Razón: adorable, como se dice de una mujer..
- (4) S. Butler: *Erewhon*. Penguin. Hardmondsworth. 1979. Se destinan nada menos que dos capítulos (XXI y XXII) a los Colegios de la Sinrazón y tres (XXIII a XXV) a las máquinas y a sus riesgos. Existe una versión castellana de 1942 (de M. Ibáñez) editada por Espasa-Calpe (Colección Austral).

De las buenas y de las nefandas palabras

Para el que tiene ideales políticos o religiosos y sentido (o prejuicio) ético, la admiración literaria le resulta a veces culpable. ¿Cómo consentir sin rubor en admirar, por bien que escriban, los que no sólo han pensado distinto que nosotros, sino que se han puesto abiertamente al lado de los que nos han combatido o han combatido a hermanos nuestros? Y sin embargo... Olvidando a Knut Hamsun, a Céline, a Pound (¿a cuántos autores contemporáneos más?), pensemos en lo que ocurre, por ejemplo, con Demóstenes, cuyo nombre no se pronuncia sin respeto y sin que se piense en las *Filípicas*. ¿Quién sabe, y si sabe se acuerda, que por aceptar dinero de los herederos de Filipo, macedonios tan enemigos de Atenas como el difunto rey, el gran orador fue enjuiciado y condenado? Y Dante, ¿quién, además de Alejandro Oliveros y el selecto puñado de lectores de POESIA, sabe, y si sabe se acuerda, que, antes de ser exilado, fue él, el Alighieri, quien desterró a Guido Cavalcanti, el gentil poeta amigo suyo?

Observemos que hay quien dice que se nutre de lecturas*, mas en verdad no leemos para engordar sino más bien para respirar: mucho se preocupan por el ritmo, las cesuras, los hiatos... Si no se puede hacer suspirar al lector, por lo menos hacerle respirar: ése es su propósito. Fijémonos por otra parte que, en cuanto a espiritual sustento, no es por las frutas como conocemos a los árboles, sino por las flores y las hojas, las verdes hojas que, dándonos el oxígeno que nos alienta, nos ayudan a vivir. Y lo mismo hacen las hojas de la cicuta y la belladóna y la pomarosa que las del madroño, las de la amarga y venenosa adelfa que las del fragante y benéfico rosal.

* *
*

Las hojas, con la luz (la de los cielos tormentosos como de los serenos) fabrican el oxígeno gracias a lo que se llama la función cloroflica. ¿No hay acaso una función cloroflica propia de las hojas de los libros escritos bajo la luz de la inspiración? ¡No hay palabras nefandas! Aun las que escriben o escribieron discutibles autores exhalan su oxígeno y enriquecen a su manera, con la cuota que les corresponde, la atmósfera de la época, con sus variadas brisas.

* *
*

Hay, se les nombra por sus apellidos a veces, autores miasmáticos y, en verdad, náuseas nos producen algunas lecturas. Mas los miasmas que de tanta epidemia fueron o se supusieron responsables, no son las hojas, ni aun las de las matas más perversas, las que por la tierra o las ciudades los extienden. Al revés: las matas, los árboles, las hojas y las flores disipaban, disipan siempre, los miasmas. Lo que significa que no pueden haber escritores miasmáticos: tan sólo habrá asfixiantes escritores asfícticos.

(*) Esos escapan al reproche: El gusano piensa que el hombre hace una tontería no comiéndose sus libros. (Rabrandanaz Tagore).

Palabras contadas

Escribir bien no es difícil, ya lo dijo Azorín: basta con poner unas cosas detrás de otras. Diríamos sin embargo que esto no alcanza. Hay también que vigilar los vocablos que dicen las cosas: algunas aparecen que siguen como perritos al autor y están siempre, como quien dice, pegados a las piernas del que escribe (a la pluma que recorre la página). Las repeticiones son, en efecto, uno de los flagelos contra los que los principiantes, y aun los veteranos, tienen que luchar. Veamos las instrucciones que a este respecto daba Georges Duhamel.

“Hay palabras -venía a decir- que en cada línea se pueden poner, otras existen que sólo se pueden colocar en cada párrafo y aún otras tan sólo en cada capítulo. Y hay vocablos -concluía- que sólo se pueden escribir una vez en la vida”.

Es cosa de preguntarse por qué ese tan lindo párrafo hace sonreír, como sin duda sonríe el lector que ahora lo lea por primera vez. Digamos por de pronto que hemos hecho nuestra pequeña encuesta al respecto interrogando a los amigos acerca de cuál palabra entre todas escogerían si alguna tenían que escribir o pronunciar una sola vez, una única vez, en la vida. Debemos señalar que, hasta ahora ninguno ha querido elegir. Tampoco nosotros quisiéramos hacerlo. Cuesta renunciar a decir y repetir cuando se nos antoja, aunque sea entre dientes, las dulces palabras de la infancia o las escuchadas de los labios de la primera novia, así como resignarse por adelantado a no saborear, futuras golosinas, las palabras que están todavía por inventar. Hasta interjecciones hay, si no blasfemias, que no quisiera uno olvidar y si, acaso, proferir de nuevo.

Mas la sonrisa que Duhamel nos hace dibujar en los labios algo viene a recubrir: nos quiere distraer, como tantas otras risas y sonrisas, de una inquietud, de una angustia. Y ésta es la de la relación que existe entre la palabra y la muerte.

El párrafo produce el efecto que produce porque un imprevisto deslizamiento de sentido y un grave cambio de enfoque ha operado el autor en las últimas líneas: nos ha hecho en ellas pasar de lo que se lee a lo que se vive, del libro al mundo. Y del mundo, como de la gente, es hablando como uno se despide. Antes de exhalar su último suspiro, el moribundo tiene que pronunciar sus últimas palabras. Los hombres distinguidos saben que también en esto deben distinguirse: hay antologías de últimas palabras que (no nos extrañaría) los prohombres idos miran con inquietud desde las nubes, para saber si en ellas sus postreros dichos se incluyeron. Pero es antes,

cuando debían pensar en eso: no se debe improvisar nada y tampoco (aún menos) las palabras del final, como saben muy bien los oradores. Cortázar es autor de una bella narración que será ahora oportuno recordar: a un avisado ciudadano se le acude la idea de fabricar, a la medida de cada cliente, las frases de la conclusión, se hace especialista en últimas palabras que intenta vender a los ricos o poderosos, a aquéllos cuya muerte algo deba tener de espectáculo. Mucho le cuesta encontrar compradores: todos piensan, por decirlo a nuestro modo, que las palabras del fin no pueden ser sino el fin de las palabras, el fin de la vida.

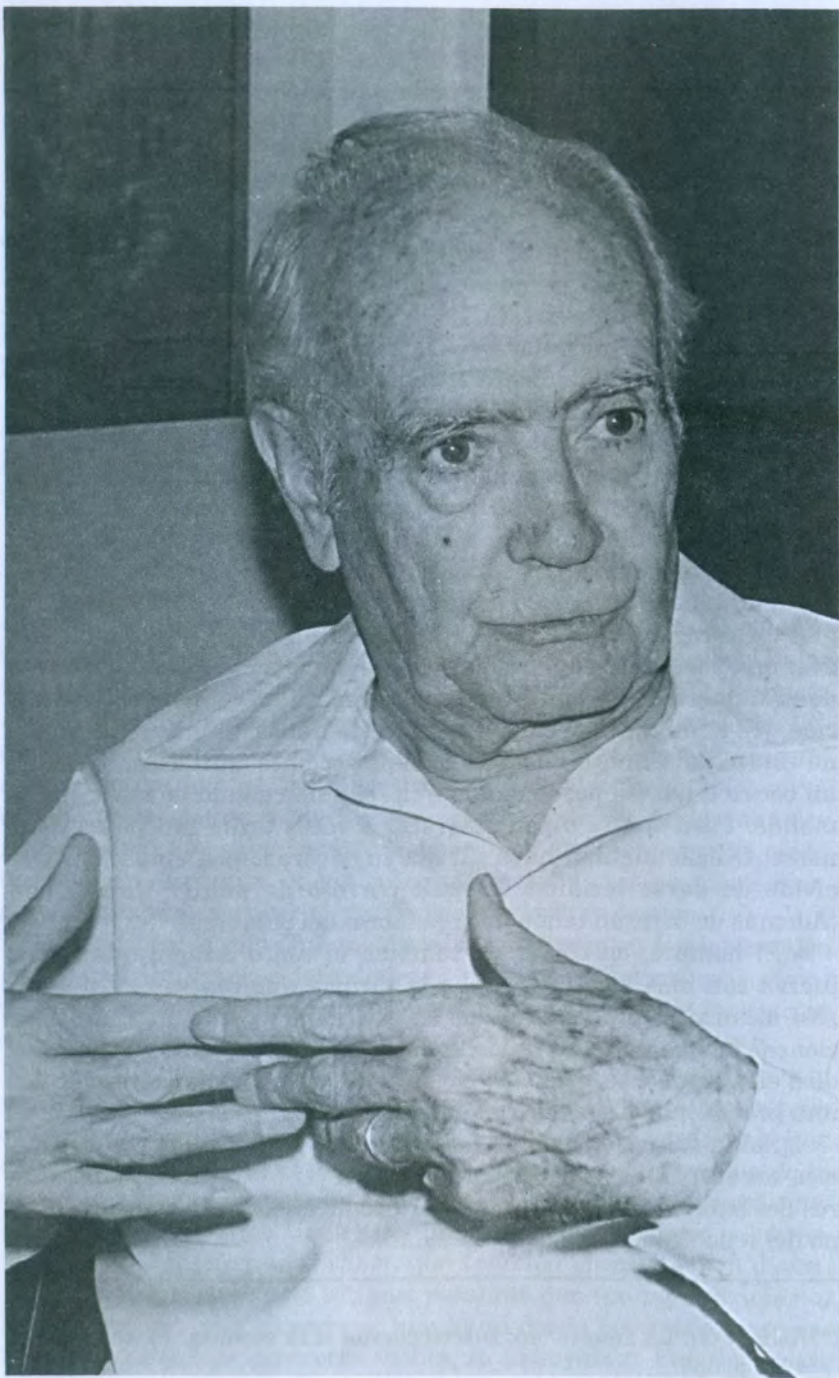
Palabras mortales hay. ¿No lo serán todas en realidad, todas y cada una, es decir el número total de ellas? ¿No será que se nos ha asignado un cierto número de voces y que, una vez que por entero las hayamos pronunciado, la provisión agotada, tengamos que morir? Por eso nos repugna que nos obliguen a escoger una voz única: por ser única, y por semejanza con aquello de que sólo se muere una vez, podríamos llegar a creer que sería la última.

Los naturalistas, nos explica Asimov*, saben que los animales están de tan curioso modo programados que los de cada especie tienen un corazón construido tan sólo para un cierto número de latidos: una vez que esta musculosa y sanguinosa esfera se ha contraído el número de veces prescrito, el animal fallece. Una sola excepción. ¡El hombre! Este es, entre los vertebrados, el único que no tiene establecido límite máximo de contracciones cardíacas. Tenemos un corazón que se para cuando quiere, y no cuando la especie se lo mande. Para suerte o por desgracia a veces tarda mucho en detenerse. Quizás alguien haya un día cuyo corazón se empecine, y se olvide de darse término. ¿Dejará por eso de morir? Quien sabe. ¡Además de corazón tenemos la palabra, las palabras!

El hombre, en efecto, es también el único animal que habla: inerva con más cuidado si cabe la laringe que contrae el corazón. ¿No alcanzará también validez en este campo la ley de compensaciones? Lo que no se nos mide en las válvulas cardíacas, ¿se nos medirá en las cuerdas vocales? ¿No se nos habrá enviado al mundo con una provisión agotable de palabras bien contadas?

¡Sabia virtud antigua del silencio! Los eremitas que la cultivaron, los trapenses y otros casi mudos creyentes, grandes ahorradores del habla, se nos aparecen ahora como ansiosos de santidad mas no del todo desdeñosos de longevidad.

(*) Asimov (I) “La muerte” en: *Introducción a la ciencia*. Plaza & Janés. 1979 p. 685.



Prólogo del libro "Los nombres del Exilio"

Pedro Grases

Falleció el doctor José Solanes Vilapreñó el 10 de marzo de 1991 en la ciudad de Valencia (Estado Carabobo), después de haber vivido una limpia y fecunda vida. Había nacido en Pla de Santa María (provincia de Tarragona) el 17 de noviembre de 1909. Una vida de estudio, de eficacia en su profesión de médico, de educador universitario y de autor de obras muy valiosas en el campo de la psiquiatría y de la reflexión filosófica e histórica. Hombre profundamente humano, dejó para siempre la imagen de persona de fino trato, social, reflexivo, de carácter introvertido hasta dar la impresión de timidez, sin levantar jamás la voz. Su palabra persuasiva, como un susurro, traslucía el deseo de comunicar su pensamiento como insinuación de sus sólidas convicciones. Con agudo sentido de humor recibía una ocurrencia o una circunstancia risible con la sonrisa inteligente que está lejos de la carcajada que equivale a una expansión física. Conversar con el doctor Solanes era encontrar la paz y la íntima comunicación.

Recién graduado en la Universidad de Barcelona en 1932, ingresa por concurso como médico-psiquiatra en el Instituto Pedro Mata en la ciudad de Reus (Tarragona) del que era Director el doctor Emilio Mira y López (1896-1964), especialista en psiquiatría y profesor universitario quien, en días de exilio en los años cincuenta, tuvo también brillante actividad docente en la Universidad Central de Venezuela.

Trabajó incansablemente en la preocupación por la salud mental de sus contemporáneos, signada su conducta por el desastre de la Guerra Civil Española (1936-39), que cortó su carrera profesional hasta empujarlo al destierro en Francia. Pero no desmayó en su designio, pues prosiguió en los estudios de su especialidad y pudo ejercer de médico psiquiatra en diversos establecimientos franceses (Rodez, París, Blois) durante una década, pero, en 1949, fue contratado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de Venezuela y aceptó encantado el traslado a tierras venezolanas que le abrieron otra perspectiva vital a su actividad científica. En varios escritos consigna la gratitud y la alegría de su venida al Continente Colombiano.

A su llegada, fue nombrado Director Encargado de la Clínica Psiquiátrica de Anare, para pasar luego, al inaugurarse en 1952, a la Colonia Psiquiátrica de Bárbula donde se desempeñó como médico jefe de servicios hasta su jubilación en 1977. Tuvo a su cargo la terapéutica ocupacional y dirigió el primer curso de auxiliares de dicha especialidad.

Durante 1951-1963 desempeñó la cátedra de Psicología e Higiene Mental de la Escuela Nacional de Enfermeras "F.M. Rísquez". En 1959 es nombrado Profesor de Psicología Médica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Carabobo, de la que es Jefe de Cátedra a partir de 1967. Desde 1979 dirige el Departamento de Salud Mental de la Facultad de Ciencias de la Salud, hasta su jubilación en 1982. En las campañas relacionadas con su actividad docente participa en los seminarios y talleres de actualización didáctica organizados por la Asociación de Facultades de Medicina; igualmente forma parte del personal docente en Seminarios de Epidemiología para clínicas y dicta cursos de postgrado en Psiquiatría en la Universidad de Carabobo y en la Central de Venezuela. Entre 1969 y 1973 es delegado principal por la Facultad de Medicina en el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la misma Universidad Central. Es notable, además, su participación dedicada a la formación y perfeccionamiento de la Liga Venezolana de Higiene Mental, tanto en la Sociedad Venezolana de Psiquiatría, de la que es Presidente del Capítulo Carabobeño. Por su prestigio profesional es elegido en 1967, Presidente del II Congreso de Psiquiatría y en 1975-76 preside la Sociedad Venezolana de Psiquiatría. Su nombre es reconocido como especialista en varias entidades científicas y académicas del exterior (Francia y España).

Esta brillante y asidua actividad profesional, docente e institucional, corre paralela a su obra escrita que fue publicando en libros como *Introducción a la Psicología Médica* (Caracas, 1967/reedición en 1976, por la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo); y *Les noms de L'exil et l'espace de l'emigration* (Tolosa, 1980), que es la obra que con grandes modificaciones se publica ahora en redacción castellana por Monte Avila Editores.

Pero su reproducción escrita más abundante está contenida en comunicaciones monográficas y artículos, aparecidos en su mayor parte en revistas científicas y en las actas de reuniones de entidades venezolanas e internacionales, particularmente en Francia y España, que le granjearon el reconocimiento de eminentes colegas y de sociedades sabias dedicadas a la especialidad cultivada por el doctor Solanes. Numerosas colaboraciones monográficas suyas se

encuentran dispersas, desde 1977, en varias revistas en castellano, catalán y francés: Revista Catalana de Psiquiatría y Neurología, Barcelona; Revista de Psicología y Pedagogía, Barcelona; L'Higgiene Mentale, París; Acta Científica Venezolana, Caracas; Revista Policlínica, Caracas; Revista de Sanidad y Asistencia Social, Caracas; Archivos Venezolanos de Psiquiatría, Caracas; Congreso Internacional de Psiquiatría, Zurich; Boletín de Salud Mental, Caracas; Revista de la Sociedad Venezolana de la Historia de la Medicina, Caracas; Nuestra Psiquiatría, Caracas; Revista Colombiana de Psiquiatría, Bogotá; Universidad de Carabobo, Valencia; Ciencia al día, Caracas; Actas del I Congreso Venezolano de Hipoacusia y Lenguaje, Caracas; Relación Criminológica, Caracas; Actas de las Jornadas sobre Arte Psicopatológico "Dr. Teodoro Rísquez Figueras", Caracas; Actas del II Congreso Venezolano de Psiquiatría, Caracas; Actas de la II Jornada de Psiquiatría del Hospital Universitario de Caracas; Actas del II Congreso Latinoamericano de Psiquiatría; Actas de la II Jornada de Psiquiatría del Hospital Universitario de Caracas; Actas del XI Congreso Latinoamericano de Psiquiatría; Actas del XII Congreso Internacional para la Prevención del Suicidio; Actas del XI Congreso Venezolano de Psiquiatría; Jesús Mata de Gregorio, Libro Jubilar, Caracas; Senderos de la psiquiatría, Valencia.

Al lado de esta producción científica publicó numerosos ensayos y artículos de carácter humanístico, prueba de la amplitud y profundidad de sus meditaciones: en sus interpretaciones acerca del lenguaje y en sus análisis de crítica histórica y literaria queda demostrada su capacidad de comprensión y su sensibilidad para abordar los temas de cultura en su más amplio espectro.

En Valencia, donde pasó la mayor parte de su tiempo, se le honró con valiosas distinciones y reconocimientos. Estudiantes, colegas, instituciones científicas como la Universidad de Carabobo y el Concejo Municipal prodigaron muy justamente el elogio a una alma grande y a un maestro digno y capaz que entregó lo mejor de su existencia a la enseñanza oral y escrita. En el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa, por parte de la Universidad de Carabobo, el Doctor Solanes, explicó su gratitud de forma insuperable.

A su muerte fueron múltiples las expresiones de duelo, impregnadas todas por el respeto a la valía de la persona y por el agradecimiento a su obra en Venezuela, particularmente su amor a la tierra carabobeña y a sus gentes.

* *
*

En 1929 -ha llovido mucho- tuve el primer contacto con el joven Solanes, nacido como yo en 1909, estudiante de medicina en la Universidad de Barcelona, en los mismos días que en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad un puñado de estudiantes agrupados alrededor del entusiasmo, el buen gusto y el instinto literario de Juan Ramón Masoliver un año más joven, compañero de aulas y fraterno amigo, emprendíamos la publicación de nuestra primera revista juvenil, *hélix* (así en minúscula, como tributo al modernismo), que traducía desde el título, el afán de volar de unos adolescentes, en ingenuos impulsos, digamos revolucionarios, adscritos al surrealismo de la época. Llegamos a imprimir once entregas, con el aporte de cada uno de una cuota mensual de cinco pesetas, que era dinero para nuestros bolsillos escuálidos. Algún problema tuvo que surgir con las autoridades locales del período dictatorial de Primo de Rivera, que no entendían la intención de los redactores de la revista. Podría atestiguarlo quien aparecía como Director, don Carlos Berdiéd (1901-1989), un santo varón. Hoy la revista *hélix* ha sido revaluada en su significación e incluso ha sido reimpressa en facsímil hace pocos años. En sus páginas aparecieron colaboraciones de Juan Miró (1893-1983), Salvador Dalís (1904-1989), Giménez Caballero (1899-1988), junto con escritos de Masoliver, Carlos Clavería (1909-1974), Guillermo Díaz Plaja (1909-1984) y el grupo de estudiantes de Villafranca del Penedés, Rodolfo Lloréns (1909-1985), Antonio Amadó (1909-1985) y yo mismo, con ilustraciones de Luis María Güell (1909), Pablo Boada (1910-1975) y J. Claret. En fin, una señal de juventud inquieta que surgía en el mundo con cierto espíritu iconoclasta. La bautizaron piadosamente los hombres sesudos de nuestro pueblo como **gallardete** juvenil y atrevido.

El futuro doctor Solanes, cursante a la sazón de su carrera de medicina, nos favoreció con sus colaboraciones espontáneas. Insertamos tres artículos apasionados más que entusiastas, que seguramente fueron los primeros ensayos de escritor veinteañero. En febrero, abril y junio de 1929, insertamos sus escritos con toda alegría y satisfacción. Formulaba reflexiones sobre el papel de la juventud y la evolución del carácter de la literatura catalana la que señalaba falta de modernidad, recomendando abandonar el tono rural y folklórico de los comienzos del renacimiento en el siglo XIX. Recomendaba a los hombres de pluma que leyesen a los novelistas rusos.

Tuve relación epistolar con Solanes durante los años de la II República (1931-1936), pero andábamos por caminos distintos en nuestras respectivas inclinaciones. Luego sobrevino la Guerra Civil

(1936-1939) y a continuación el exilio, por lo que no volvimos a encontrarnos hasta su venida a Venezuela en 1949. Pero, una vez establecido el doctor Solanes en Valencia y yo en Caracas, nos vimos con relativa frecuencia a lo largo de sus cuarenta y dos años de residencia en el país. Con el tiempo iba espaciando sus visitas a Caracas, seguramente impedido por su carácter retraído, pues luego llegó a confesarme que a veces al entrar a Caracas, desde su destino apacible de Valencia, olvidaba toda gestión en la capital y regresaba a sus paisajes carabobeños.

Con todo, tuve oportunidad de conversar con el doctor Solanes en varias ocasiones. Me impresionaron sus análisis sobre la emigración y las consecuencias espirituales del exilio, tema fundamental del presente libro.

* *
*

El doctor José Solanes Vilapreñó invirtió muchas horas de su vida en investigar los efectos psicológicos de la emigración y del destierro, fenómeno que se ha dado en todas las épocas, pero muy especialmente en el siglo XX, tiempo de guerras universales, de trasiego de pueblos y de masas de gentes, acaso como en ningún período de la historia.

La investigación psicológica ha demostrado que el exilio provoca grandes alteraciones en el equilibrio mental, transformando el razonamiento y los sentimientos del hombre. La obra del doctor Solanes es un tratado a fondo y en detalle de las consecuencias de este fenómeno. Apoyado en la copiosa literatura que desde los clásicos ha suscitado el tema, desarrolla sus observaciones hasta el mínimo pormenor para interpretar los hechos y sus secuelas. Es la obra mayor que elaboró en su vida, escrita a lo largo de muchos años de meditación y de consulta de una extensa bibliografía. Las notas y deducciones de la investigación llevada a cabo constituyen una teoría trascendente que le consagra como uno de los más brillantes especialistas modernos sobre tan importante acontecer en la evolución de la vida sobre la tierra. El espacio y el tiempo del destierro, así como la influencia en los protagonistas del fenómeno en todas las circunstancias, nos brindan una obra que permite medir la calidad científica del ilustre psiquiatra.

Tengo la seguridad de que su lectura no defraudará a nadie que acuda a sus páginas. Además están elaboradas con estilo claro y preciso, como corresponde a una exposición rigurosamente científica, que no tiene desperdicio. La prosa del doctor Solanes está escrita en un lenguaje rico y exacto, lo que hace más atrayente el volu-



men, en el que adquiere consistencia definitiva ese asunto que empezó a tratar en 1950, apenas llegado a Venezuela, en la monografía que publicó en Caracas, 1951, con el título *La estructura espacio-temporal del mundo de los emigrados*. Tal impreso precede en 40 años al que ahora aparece. Durante estas cuatro décadas, ha continuado con esta investigación que tiene todos los rasgos de obra maestra. Estoy persuadido que serán páginas perdurables.

* *
*

Quiero cerrar este breve prólogo con la glosa de un rasgo identificador de la personalidad del doctor José Solanes: la gratitud que manifestó en 1991, al recibir la alta distinción del Doctorado Honoris Causa, conferido por la Universidad de Carabobo, acontecimiento con que concluye su presencia activa como docente y como investigador, y el cual, él mismo calificó de "singular e irrepetible", resumiendo así su emoción y reconocimiento. Constatando que la palabra **gracias** es insuficiente para traducir lo que quiere expresarse, con ella le añade la siguiente exégesis, muestra de la hondura de su pensamiento: "**Gracias** no tiene función conclusiva sino introductiva. Marca un inicio, manifiesta un propósito y una intención. Si no

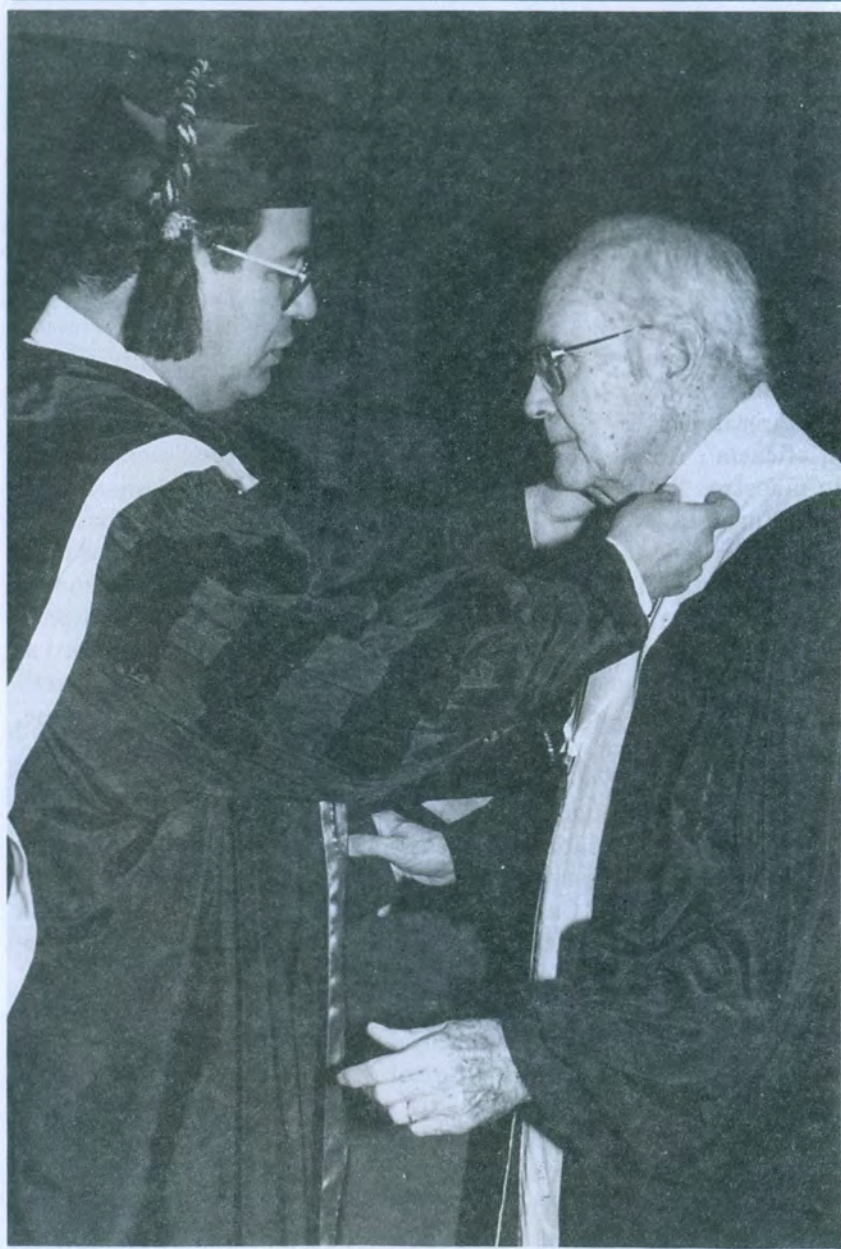
se va a entender en función del futuro, la palabra **gracias** queda en expresión rutinaria. Una falta de sentido. Decir **gracias** es para mí una manera de declarar que quedo más sujeto que nunca a la institución que se ha dignado honrarme, a las actividades académicas, a mis antiguos colegas, a los menos amigos, a los jóvenes y, especialmente a aquellos que fueron mis discípulos y que ya en tantas ocasiones han sido para mí motivo de satisfacción".

Se refiere a la enseñanza como entrega de vida. Y a la Universidad como centro de educación superior, y compara las etapas vividas con el momento que habla y dice: "Nos es difícil a los viejos ser ecuanímenes, tenemos la añoranza de los tiempos idos y preferimos naturalmente los períodos iniciales", pero reconoce que "la vitalidad de la institución no ha disminuido y que irá dando buena prueba de su eficacia". Añade una advertencia que sintetiza su pensamiento de maestro: "Para seguir enseñando, mucho se tendrá que aprender". Formula la definición de los fines de la educación universitaria: "Es en la preservación de los valores de la salud y aquellos a los que la salud da mejor ocasión de cultivar, que debemos esforzarnos y procurar que nuestros herederos se esfuercen en comunión para ello con todos los que propician: Ciencia y Justicia, Belleza, Verdad y Libertad. ¿No constituyen estos valores los ideales de las universidades? Estamos seguros que la nuestra se hallará entre las que, cambie o no la época, más se destacará en su servicio".

Tales fueron los votos postreros del doctor José Solanes, poco antes de dejar este mundo. Llor a su memoria.

Hago mías las palabras del profesor Alejandro Oliveros pronunciadas en el solemne acto de concesión del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Carabobo: "La conducta del doctor Solanes ha sido la misma y única: sabia y ejemplar, generosa en amistad y modelos, profunda en la orientación y en la enseñanza".

Abril, 1992



El Rector Elis Mercado Matute, impone la medalla que acredita al Dr. José Solanes Vilapreño, como Doctor Honoris Causa de las Universidad de Carabobo, durante el Acto Solemne, realizado en el Teatro Municipal de Valencia en el año 1991.

**CONSEJO UNIVERSITARIO
REUNION ORDINARIA
DEL 2-04-90
ACTA N° 821**

Bajo la Presidencia del Rector-Presidente, Profesor Elis Simón Mercado Matute, y con la asistencia del Vicerrector Académico, Profesor Rubén David Ballesteros Lara, de la Vicerrectora Administrativa Profesora Edmeé Betancourt de García, del Secretario, Profesor José León Uzcátegui, de los Decanos de las Facultades de Derecho, Ciencias de la Salud, Ingeniería, Ciencias Económicas y Sociales y Ciencias de la Educación, Prof. Carlos Sevilla Flores, Prof. Iraida Sánchez de Chocrón, Prof Danilo Tassoni, Prof. Ricardo Maldonado González y Prof. Rigoberto Avila, respectivamente, del Decano del Area de Estudios de Post-Grado, Prof. Jesús Esteban Sánchez, del Representante del Ministerio de Educación, Prof. Ana Chiquito, de los Representantes de los Profesores, Prof. Daniel Labarca, Prof. Manuel Pérez Galán, Prof. Jorge Preciado Cañas, Prof. José Vegas Castejón, Prof. Rogelio Hernández, del Representante de los Egresados, Prof. Pedro Herrera, de los Representantes de los Estudiantes, Br. Ibrahim Velásquez, Br. Avelino de Nóbrega de Sousa y Br. Luis Zorrilla, en uso de las atribuciones que le confiere el Ordinal 14 del Artículo 26 de la Ley de Universidades y conocida la aprobación por la Asamblea de la Facultad de Ciencias de la Salud, resolvió con el voto unánime de sus Miembros: 1°) Otorgar al ciudadano JOSE SOLANES VILAPREÑO, el título de DOCTOR HONORIS CAUSA, y 2°) Realizar Acto solemne donde se le impondrá la medalla y se le otorgará el título correspondiente.

Elis Simón Mercado Matute
Rector-Presidente

José León Uzcátegui
Secretario

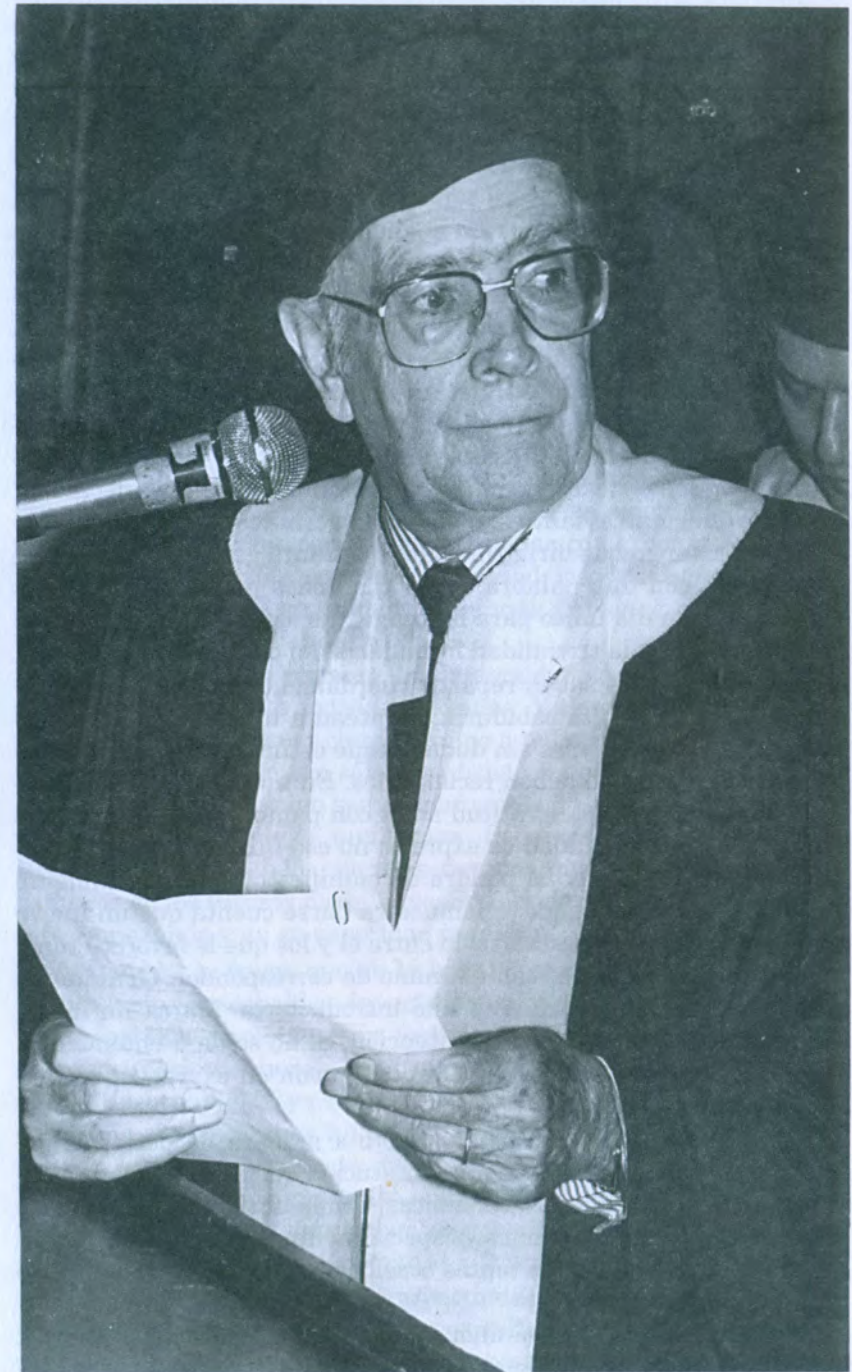
**LA UNIVERSIDAD DE CARABOBO
LE OTORGA
EL DOCTORADO HONORIS CAUSA
AL DOCTOR JOSE SOLANES
EL DOS DE JULIO DE 1990**

DECRETO RECTORAL

En Valencia a los dos días del mes de julio de mil novecientos noventa, Años 180° de la Independencia y 131° de la Federación, reunidos en el Teatro Municipal de Valencia habilitado como recinto universitario, el Rector, los Vicerrectores, el Secretario y el Decano-Presidente de la Asamblea de la Facultad de Ciencias de la Salud, con el fin de proceder en Acto público y solemne al conferimiento del Título de DOCTOR HONORIS CAUSA, al ciudadano JOSE SOLANES VILAPREÑO, natural de Pla de Santa María, Tarragona, España, conforme al correspondiente Decreto Rectoral recaído en el expediente respectivo y presente el ciudadano JOSE SOLANES VILAPREÑO, se dio comienzo al Acto, con el ceremonial de estilo y procediendo en nombre de la República y por autoridad de la Ley, se confiere el Título de DOCTOR HONORIS CAUSA, se le impuso la medalla del Doctorado y se le hizo entrega del diploma correspondiente.

Para constancia se levanta la presente Acta.

Elis Simón Mercado Matute
Rector
Rubén David Ballesteros Lara
Vicerrector Académico
Edmeé Betancourt de García
Vicerrectora Administrativa
José León Uzcátegui
Secretario
Iraida Sánchez de Chocrón
Decano-Presidente
de la Asamblea de la Facultad de Ciencias de la Salud



Acerca de la gratitud

José Solanes

La gratitud es uno de los sentimientos de más difícil expresión en el lenguaje. Cuando se trata de manifestarlo verbalmente, pocas son las palabras de que podemos disponer. **Gracias** es la principal, casi única. Y ocurre que estas dos sílabas tenemos que pronunciarlas en circunstancias muy diversas. Decimos Gracias al que, en una puerta, nos cede el paso, al que, si todavía fumamos, nos da lumbre para el cigarrillo. Y también decimos gracias al que, en azarosa ocasión, se arriesga abnegadamente a prestarnos socorro. E igualmente debemos ponernos el vocablo en los labios en ocasiones como ésta, halagüeña y excepcional, que profundamente nos afecta. En un acto que marca tanto en mi vida, acontecimiento singular e irrepetible, tengo que dirigirme a los que tanta generosidad me han demostrado con una palabra de las que todos pronunciamos todos los días. En un día único para mí tengo que acudir a una de las que más se prestan a la trivialidad formularia del cumplido.

Pero las lenguas saben repartir cuerdamente su caudal de palabras y si, en su oculta sabiduría, regatean a un concepto términos en los que expresarse, es sin duda porque estiman que los humanos no los necesitan y no deben reclamarlos. En nuestro caso, su parsimonia se debe a que la gratitud no es con palabras, por rebuscadas que sean, que en realidad se expresa: no es el discurso sino la conducta lo que la define. La pondrá de manifiesto el comportamiento del que se siente obligado y demuestra darse cuenta que un nuevo tipo de relación se ha establecido entre él y los que le favorecieron y que vive desde entonces con el ánimo de corresponder. **Gracias** no tiene pues función conclusiva sino introductoria. Marca un inicio, manifiesta un propósito y una intención. Si no se da a entender en función del futuro, la palabra **Gracias** queda en expresión rutinaria huérfana de sentido.

Decir **Gracias** es, pues, para mí una manera de declarar que quedo más sujeto que nunca a la institución que se ha dignado honrarme, a las autoridades académicas, a mis antiguos colegas a los menos antiguos, a los jóvenes y especialmente a aquellos que fueron mis discípulos y que ya en tantas ocasiones han sido para mí motivo de satisfacción.

Si la Universidad me da ahora el derecho de sentirme orgulloso, me impone también el deber de estar alerta y no dejar escapar oca-

sión de atestiguar mi adhesión a ella. A las universidades no les faltan adversarios, y eso sorprende y preocupa. No le faltan a la nuestra y ello sorprende y duele. Mas tampoco, afortunadamente, le faltan amigos y defensores. Debemos tratar de suscitar, cada uno en nuestra esfera, más todavía de los que tiene. Todas las comparaciones son odiosas, y una de las que, sin pensarlo, hacen correr a la Universidad un cierto riesgo es la de comparar a la Universidad consigo misma, comparar lo que fue en sus primeras etapas y lo que es ahora. Nos es difícil a los viejos ser ecuanímenes; tenemos la añoranza de los tiempos idos y preferimos naturalmente los períodos iniciales. Quizás haga esta nostalgia exagerar a alguien en algún momento el alcance de lo que en la universidad de hoy pueda haber de imperfecto. Pero basta asomarse a las cátedras y seguir un poco su actividad para darse cuenta que, a pesar de todas las turbulencias, la vitalidad de la institución no ha disminuido y que irá dando buena prueba de su eficacia. Por lo que me ha sido dado observar, puedo decir que nuestros herederos trabajan con ardor y dedicación. Las dificultades no los arredran, en verdad, los retos que tienen que enfrentar son en mayor número y de más gravedad que los de mi tiempo. Es un deber señalarlo.

Tiene pues ya, ciertamente, la Universidad sus campeones en las cátedras, dispuestos a todos los desafíos. Y tiene también en la cúpula directivos de mente clara y ánimo a toda prueba, que muy bien saben que no se trata tan sólo de subsistir y vencer las contrariedades del día y llegar como sea al mañana, sino de responder al reto, no el de un día: al de una época. Podemos hacerles confianza. Necesitarán la de todos, en esos tiempos que se van acercando a hombros de los futuros bachilleres. Son los de una época que apenas está empezando y ya su asperidad inquieta.

Vivimos en la época que en la historia será la de la aparición de los productos desechables: inyectoras, pañuelos y pañales... Hasta los carros lo parecían ser a los ciudadanos de mayor opulencia o despreocupación. Ahora vemos que también lo era ella misma, la época, desechable. Y ya está en los desechos en lo que a nosotros concierne. La crisis nos ha traído a unos tiempos en los que todo cuenta, lo que quizá cuente más sea el cambio. Situación difícil en la que, contradictoriamente, se nos impone la conservación y la renovación. Tendremos que saber movernos en otro elemento. Para seguir enseñando, mucho se tendrá que aprender.

Que se me permita a este respecto decir algo acerca del proceso de aprender y enseñar. Que se me permita recordar unos breves párrafos de Juan Luis Vives, este humanista que vivió como nosotros

en una época de cambio y escribió cuando se acababa de desvanecer la Edad Media y los hombres de Occidente iban adentrándose no sin turbulencia en la modernidad. Escribió sobre Psicología -sobre lo que después se llamó así- en un texto que podría pasar por moderno. También escribió sobre enseñanza en un tratado en el que hizo gala de lo que Gracián llamó **sabiduría conversable**. ¿Y qué decía en él?

“Debemos parar mientes”, escribe, “de quiénes y cómo aprendemos”. Y con esta frase ya vemos que este antiguo maestro tiene, como los más modernos, el propósito, por decirlo así, de ponerse en la piel del alumno. En todo caso, ¿de quién dice Vives que se aprende? ¿Quiénes son los que enseñan? Enseñan, nos dice,

aquellos a quienes se impuso este oficio. También en circunstancias excepcionales enseñan los ángeles, enseñan asimismo los herejes y los hombres malos enseñan, enseñan los demonios, los padres, las madres, los ancianos, los jóvenes, los niños, las mujeres, los hombres ilustrados, los analfabetos.

Y sigue diciendo que también los animales enseñan.

En todo caso, luego de la sorpresa, lo que a profesores y alumnos llama la atención es que sean tan numerosos esos “maestros” que Vives relaciona. Lo son tanto que no se pueden concebir aulas en las que todos pudieran profesar. En realidad, lo que hace Vives es proponer como maestro a la sociedad entera. Aprenderá bien, viene a decirnos, el que aprenda de los profesores y sepa también aprender de todos y de todo. Y no es en eso muy original. ¿Cuántas veces se ha dicho que la vida es la gran maestra? Mas no por ello sugiere Vives que se cierren las escuelas. Al contrario, explica cómo, a su juicio, deben construirse y dónde. ¡Si en Valencia se le hubiese podido escuchar! Fuera de la ciudad tienen que levantarse es cierto, más apartadas de las grandes vías públicas de comunicación. Allí aconseja que se las ubique a las escuelas, a la vera de caminos que sólo los estudiantes y poca gente más tenga que transitar. No, por más que en todas partes veía maestros, no quería Vives que se cerrasen las escuelas. Eso tenía que venir después.

Fue en 1531 que Vives publicó en los Países Bajos su libro *De las disciplinas*, del que hemos transcrito un párrafo. En 1971 apareció en los EEUU *El shock del futuro*, de Alwin Toffler. Tuvo mucho éxito y varios de los presentes lo habrán leído. Es bueno ahora buscar en él lo que dice de la enseñanza, cómo piensa que ésta debería darse para acomodar al educando al futuro. Hay un párrafo que será curioso citar después de haber oído el de Vives.



El Dr. José Solanes Vilapreño, firma el Libro de Actas, en el acto de conferimiento de su Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Carabobo.

Parte Toffler de la idea, como Vives, de que la enseñanza es cosa de la sociedad, pero hace notar que en ella se la imparte desde estructuras docentes que no siempre evolucionan como la sociedad en conjunto evoluciona. Y ahora la sociedad evoluciona vertiginosamente. La primera parte de su libro se titula “*Muerte de la permanencia*” y la segunda, “*Transitoriedad*”.

Es decir, cuanto se procura poner de relieve lo que de cambiante y fugaz hay en la vida que se vive en el día de hoy y que, según cree, habrá que vivirse aún en mayor grado en ese futuro al que se va llegando. Es para ese futuro tornadizo que hay que enseñar, y no sólo para que puedan desenvolverse en él los que vivan sino también para que puedan éstos contribuir a que la sociedad siga desenvolviéndose en el nuevo ritmo. ¿Dónde se enseñará, pues?

“Durante generaciones”, escribe Toffler, “hemos dado por supuesto que el lugar adecuado para que la gente se instruya es la escuela. Sin embargo, si la nueva educación debe estimular a la sociedad de mañana ¿habrá que darla en la escuela?”. La respuesta es NO. Según Toffler, también las escuelas pertenecen a la categoría de lo desechable. Alguna tendrá que quedar, de todos modos. ¿Y para qué quedará?: “para actividades sociales y deportivas o para asignaturas que los jóvenes no puedan aprender por sí solos o bajo la dirección de sus padres o de amigos de la familia”.

No es esta la ocasión, ni yo tengo calidad para ello, de trazar, ni siquiera con la ayuda de Toffler, los modos que pudieran utilizarse para enseñar el futuro. Diré solamente que el referido Toffler habla de "Consejo del Futuro" que se deberían poner a funcionar ya en las escuelas actuales, de "facultades externas" en las que se mezclaría la actividad docente con la labor cotidiana, de seminarios "regidos por computadoras"... Y señalaré sobre todo que lo que dijo, lo dijo hace ya veinte años. El futuro con el que Toffler chocó y trató de describir es el de hace dos décadas. Todo cambia tanto que, por decirlo así, hasta cambia el futuro. ¿Cuál sería el de ahora? Es indudable que se le sigue viendo como marcado por la impermanencia y la mudanza. Y no es posible que el propio autor haya cambiado también. En todo caso, confesemos que no nos han llegado noticias de esas "facultades externas" ni de muchas otras innovaciones que anunciaba. Las universidades de los grandes países siguen funcionando. Han variado en sus estructuras, seguramente, y quizás en lo que han variado más es en el precio de las inscripciones. Son más caras porque variar es costoso. Y las nuestras, aunque con menos recursos, también algo o mucho tendrán que variar. Algún temor puede abrigarse en cuanto a la forma en que lo harán. Afortunadamente algo hay, entre lo que les hace ser lo que son que, estamos seguros de ello, no variará en lo fundamental. Variarán los métodos, y los centros de interés no serán exactamente los de la enseñanza de hoy. Algo tendrán con todo las universidades que seguir enseñando que vienen enseñando desde hace siglos: lo relativo al ser humano, que no cambia nunca pero nunca se acaba de conocer...

El hombre es igual a sí mismo desde hace milenios. Hace cambiar pero no cambia. Modifica su entorno. Cambia el uso que hace de sí mismo, cambia su conducta pero se admite generalmente que él, en cuanto a estructura orgánica y a lo más profundo de su psiquismo, sigue siendo este hombre que hace unos 30.000 años surgió en el planeta al concluir el último período glacial.

¿Cuántas veces se ha dicho que rascando un poco su costra de civilizado, pronto aparece en el hombre moderno el ser primitivo y brutal de las primeras edades? Si uno de estos tan lejanos tatarabuelos nuestros se presentara un buen día a uno de nuestros consultorios y se dignara ser examinado, cabe pensar que, sometidas sus secreciones y excreciones a análisis, examinado con electroencefalógrafos, Rayos X y scanners, no encontraríamos mucha diferencia entre los resultados obtenidos en su exploración y la de nuestros contemporáneos. No más probablemente que las que se pueden ahora hallar entre hombres de diferentes latitudes y civilizaciones.



Y es en la dedicación al hombre propia, afortunadamente, de muchas disciplinas y, especialmente, de la Medicina que puede encontrarse lo que, en las universidades, puede mejor asegurar continuidad en los tiempos cambiantes de que se habla tanto. Corresponde a los que a la Medicina se entregan, este papel, difícil pero honroso, de contribuir quizás en mayor grado que los demás a la preservación de lo humano. Pero no olvidemos que el hombre no es mero portador de hormonas y de neuro-transmisores: también lo es de valores. Los viene secretando, si se me permite la expresión, desde muchos siglos atrás. Secretando y respetando, ya que es por haberlos sostenido y en ocasiones sacrificado en aras de alguno de ellos por lo que, sin haber cambiado materialmente, se le puede estimar ya otro individuo, diferente del de los albores de la historia. Y muy vinculado a los valores está el médico: orgulloso se siente de que **valor** tenga su raíz en el **vale** latino que significaba salud.

Es en la preservación de los valores, los de salud y aquellos a los que la salud da mejor ocasión de cultivar, que debemos esforzarnos y procurar que nuestros herederos se esfuercen, en comunión para

ello con todos los que los propician: Ciencia y Justicia, Belleza, Verdad y Libertad... ¿No constituyen estos valores los ideales de las universidades? Estamos seguros que la nuestra se hallará entre las que, cambie o no la época, más se destacarán en su servicio.

Jose Solanes: Médico y pensador de un tiempo indigente

Alejandro Oliveros

A Rosalía Solanes

El tiempo del hombre es la indigencia. Sócrates, uno de los inventores del hombre occidental, padeció, como sabemos, las consecuencias de esta miseria. De acuerdo con Jenofonte, el filósofo, al rechazar la negociación, habría dicho a sus detractores:

Así que no padeciendo sino muerte injusta, no hay por qué baje yo mismo en mi estima, porque la vergüenza no recae sobre mí, sino sobre los que me han acusado.

Injusta, pues, y por lo tanto miserable, la condena a aquel sabio que tanto hiciera por inventar la razón.

No menos injusto, de acuerdo a su opinión tantas veces y tan bellamente expresada, el castigo que César Augusto hiciera caer sobre los hombros del Ovidio latino. Es probable que ni el mismo poeta de las *Metamorfosis* supiera muy bien qué había molestado la sensibilidad del Emperador. Pero al Mar Negro fue a dar con sus blancos huesos. Allí, en los confines del mundo, a encontrar un destierro de nieves, flechas y congostas. Desde ese país del exilio, donde "el invierno sucede de inmediato al invierno", Ovidio quisiera atribuir a la Fortuna, la Diosa insobornable, la causa de sus desdichas todas. A la Fortuna, pero también a su reveladora poesía, debe Ovidio la indigencia que en dolidas palabras describe a la lejana esposa:

Dice:

Ya el transcurso de la edad cubre de canas mi cabeza
y las arrugas de la vejez surcan mi rostro;
ya languidecen el vigor y las fuerzas de mi cuerpo
quebrantado...

Si de súbito me presentase a tu vista,
no acertarías a reconocerme:

tanto me han arruinado los estragos del tiempo.

Nueve siglos más tarde, en su agobiada existencia de navegante, un poeta anónimo anglosajón evocaba nostálgico los días de la Edad de Oro cuando escribía en versos aliterados: "Los días han pa-

sado así como las glorias del reino terrenal. Los reyes o emperadores, los que ofrendaban con oro ya no son como los de antaño, los que produjeron hechos gloriosos y vivieron en señorial esplendor”.

La queja del poeta navegante se irá despojando de sus tonos místicos a medida que el hombre se acerque a la modernidad. Gibelino en una ciudad güelfa, Dante florentino conocerá el sendero amargo del destierro como más tarde, de la misma ciudad y por razones no del todo distintas, el hábil secretario de la Cancillería, Niccolò Machiavelo. La indigencia es sostenida y es la condición. El genio de Hölderlin, en el cercano siglo XIX, lo reconocía al preguntar afligido: “¿A qué poetas, en tiempos de indigencia?” La pregunta es angustiosa y la respuesta tal vez no lo sea menos.

Bajo el cielo agobiado de este siglo hemos concebido la inquietud por hacer de nosotros mismos unos expertos. Y expertos en las más insólitas actividades. La más insospechada y tal vez donde más éxito hayamos alcanzado, es haber llegado a ser expertos en el **horror**. Pareciera que, cada vez más alejados de la Edad de Oro mítica, quisiéramos extremar los estragos de esta Edad de Hierro. Al cúmulo nada despreciable de heredados horrores hemos sabido agregar el mayor de todos, el inimaginado e inimaginable. A la desvalorización de los valores, a ese trastocamiento del cual hablara Nietzsche, ha seguido en nuestros días la “banalización del mal”, el único sentimiento al cual todavía era posible reconocerle una cierta grandeza. En nuestro tiempo, y la profesora Hanna Arendt se encargaría de revelárnoslo, ni tan solo el mal es digno de ser inscrito con caracteres mayúsculos. Después de Auschwitz, no es Satanás o cualquier nuncio de los Poderes Ocultos el que nos hace estremecer. En su lugar, la figura anónima e insignificante del burócrata ha venido a encargarse de la negación sistemática de las bondades de la ética socrática. Detrás del funcionamiento de Auschwitz no encontramos a un monstruo de proporciones ciclópeas ni a un engendro que fuera producido por el arrebató entre humanos y bestias. Más bien, y es el caso de Adolf Eichmann, a un funcionario anodino, de inteligencia chata que, sin parpadeos, obedeciendo “órdenes superiores”, se dio al exterminio de millones de seres humanos como si de descartar legumbres podridas se tratara.

De esta experiencia inenarrable, y no muy lejos de la interrogante de Hölderlin, el profesor Adorno llegaría a sugerir la imposibilidad de la poesía lírica después de Auschwitz. A la indigencia del poeta, resultado de la deserción de los dioses, pareciera suceder en la cuestión del filósofo, la indigencia a resultas de la deserción del

hombre tal como fuera pensado por Aristóteles, Machiavelo, Kant o Hegel. Ni *homo teórico*, ni *homo político* ni *homo lírico*. ¿Qué, entonces, a nuestro tiempo? En una línea repetida hasta la incompreensión, el más humanista de los pensadores de la segunda mitad del siglo, señalaba como la única posibilidad filosófica la del suicidio. Apuntaba Camus, el autor de la frase, a la posibilidad existencial de la escogencia, del decidir que le otorga justificación a la existencia. Pero, escoger ¿qué? ¿Entre qué y qué? Ya no se trata solamente, como en tiempos del romanticismo agónico, de escoger entre la vida y la muerte. La escogencia ante la cual nos vemos, involuntariamente enfrentados, es, si puede, aún más comprometedora. Nuestro tiempo indigente nos conduce, nos obliga deberíamos decir, a escoger entre dos aspectos de un mismo fenómeno. A decir entre una y otra versión del mismo asunto. Y este asunto límite no es otro que el hombre mismo. La primera de las opciones, la más próxima y oportunista, nos identifica con una imagen del hombre como ser caído e irredimible. Esa criatura sólo a medias racional, ese bípedo parlante, ese “mono degenerado” capaz de uno y muchos Auschwitz, Hiroshima, Dresde o Hanoi. Bajo el cielo mareado de nuestro siglo, la escogencia pareciera obvia y, de hecho, cuenta con seguidores no escasos a medida que nos acercamos a los finales del milenio. Ese hombre es el personaje que amanece insecto de Kafka, que espera y trata de comunicarse desde la más apropiada de las moradas, un pote de basura, o el que decide no dejar de ser niño y esgrime su tambor de hojalata contra ese mundo que describe Günther Grass en su epopeya de Danzig.

A esta visión del “fenómeno humano” se le opone una consideración que si no optimista por lo menos se quiere menos negativa. Considerada ingenua o candorosa por sus críticos, los exponentes de esta versión acuden al “Principio de esperanza”, como hermosamente la denomina Ernst Bloch. Son los obstinados de la utopía, los que confían, incluso en la indigencia, en las posibilidades de un mundo si no feliz por lo menos mejor. Se diría que estos pensadores vislumbran para el hombre y la sociedad una renovación, un Renacimiento. Y no está de más acudir a este término, ya que en esos años luminosos de la Europa renacimiento fue cuando el hombre, por última vez, tuvo fe en la empresa colectiva, confianza en sí mismo, que es decir en la Utopía. En la introducción a su “Opus magnum”, la cual, como anota Habermas, “refleja ya en su propia historia externa, su historia interna: la odisea de un espíritu que viene del espíritu del éxodo”, Marc Bloch opone a lo que llama el “sentimiento del miedo”, su fe resuelta en el hombre y su devenir.

Dice Bloch:

Se trata de aprender la esperanza... La esperanza, situada sobre el miedo, no es pasiva como éste, ni menos aún, está encerrada en su anonadamiento. El efecto de la esperanza sale de sí, da amplitud a los hombres en lugar de angostarlos... El trabajo de este afecto exige hombres que se entreguen activamente al proceso del devenir al que ellos mismos pertenecen. No soporta una vida de perro, que sólo se siente pasivamente arrojada en el ente, en un ente incomprendido, o incluso lastimosamente reconocido... La vida de todos los hombres se halla cruzada por sueños soñados despierto; una parte de ellos es simplemente una fuga banal, también enervante, también presa para impostores, pero otra parte incita, no permite conformarse con lo malo existente, es decir, no permite la renuncia.

Bajo el signo del no-conformismo ante lo "malo existente" y de la no-renuncia, ha transcurrido y se ha formado la obra de profesor José Solanes, a quien, en este día de San Martiniano, nuestra Alma Mater rinde postergado reconocimiento al conferirle el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Carabobo.

La vida del profesor Solanes, como la de cualquier persona que haya asumido la existencia como búsqueda y entrega al ser del ente, es la suma de sus decisiones, pero también algo más que eso. Lo que pudiéramos precisar como la primera de estas escogencias, lo sitúa al lado del "Principio de esperanza". En los estudios de medicina se entrega el hombre a la primera y más irrealizable de las utopías. Se estudia medicina con la intención vana de oponerse a la muerte. Como Macbeth, cuando se oponía ingratamente a su aviso final, el estudiante de la carrera médica, y más tarde el profesional, se encuentra a diario comprometido en esta lucha macbethiana. La cura, en todas sus acepciones, es siempre una victoria parcial y una derrota postergada. El principio de esta profesión es, pues, la esperanza, el cuestionamiento al "sentimiento de miedo". Ya iniciado en la carrera utópica, no son pocos los graduados con alguna sensibilidad que no hayan pensado en la opción de hacerse psiquiatras, de encarar a ese enemigo con tanto de desconocido, de abisal, que es la locura. La utopía en este caso ya es sinonimia de lo romántico. El psiquiatra resiste a un adversario de proporciones colosales pero de rasgos inciertos. De fuerza tan conocida como ignorados los mecanismos de su poder. Desde muy temprano, en el Ins-



tituto Pedro Mata de Reus, dirigido a la sazón por el Dr. Mira y López, el profesor Solanes asume la utopía doble de ser médico y psiquiatra.

Desde esta situación privilegiada, el profesor Solanes se convierte en un protagonista excepcional de nuestro tiempo indigente. Y rápidamente habrá de conocer la indigencia en una de sus formas más implacables: la del destierro. En su caso, a consecuencias de una decisión afortunada: la de participar, como médico en la Guerra Civil Española del lado de la razón y de la legitimidad. Como "peregrino", el inquietante signo utilizado para los depatriados españoles, lo va a conocer Francia durante los años acontecidos que van de 1940 a 1949, Francia, que como tan bien dijera Hugo, es la segunda patria de todos, va a ser para Solanes un espacio nuevo y el mismo. A un cielo diferente, se suma el discurso prolongado de la guerra. Desde la indigencia doble del destierro y la situación bélica, Solanes dirige su mirada sensible de psiquiatra y filósofo al análisis de uno de los fenómenos agudizados por la modernidad. Mirada doble que profundiza en un aspecto de la sociedad igualmente desdoblado. Se observa a sí mismo como exiliado y también al mundo que, entre otros trastocamientos, parecía empeñada en imponer el destierro, el desarraigo, como condición de lo humano. La experiencia francesa, la del exilio en sus primeros caminos, la de la soledad obligante y el anonadamiento es, asimismo, el espacio de la compañía, la solidaridad y el amor que habría de hallar, sin soluciones de continuidad, en Lucette, inolvidable compañera y esposa, ausencia insustituible en esta mañana de anagnórisis.

Francia, entonces, el ámbito de la guerra, el destierro y el amor, es, también, el del encuentro afortunado con el doctor Minkowski en el hospital Santa Ana. El profesor Minkowski, como Solanes, había conocido los senderos de la guerra y el desarraigo. Atraído por el ejercicio de la filosofía, Minkowski es condicionado por la situación a resumir su condición de médico y psiquiatra sin dejar por eso de ser un pensador profundo y original. Las investigaciones del psiquiatra francés sobre las experiencias del tiempo vivido habrán de llamar la atención de Solanes quien habrá de aplicarlas a sus estudios sobre las nociones temporo-espaciales, tal como las experiencias el sujeto exiliado. Sus aportes a la investigación de este sujeto, más que común en nuestro siglo, han sido el objeto de un reconocimiento unánime por parte de la comunidad psiquiátrica internacional. La Enciclopedia Médico-Quirúrgica, especie de Enciclopedia Británica de los grandes nombres de la ciencia médica moderna, reconoce al profesor Solanes un espacio al lado de los más eminentes

científicos que se han acercado a la fenomenología del destierro, al lado, entre otros, de nombres como el del mismo Minkowski y el propio Karl Jaspers.

La obra, como médico y como filósofo, de Karl Jaspers habría de influir en la concepción que propone Solanes sobre el mundo, el hombre y el paciente. Desde muy temprano en el siglo, Jaspers había concebido la visión del ser humano en términos situacionales. Es decir, el hombre como ser-en-el-mundo: "La distancia frente al mundo le da su libertad, la inserción en el mundo su ser", nos dice Jaspers citado por Solanes en un estudio memorable. La concepción solanesiana del hombre sería determinada, entonces, por dos factores fundamentales. Por una parte, la influencia de Jaspers y Minkowski, médicos y también filósofos. Por la otra, la condición de desterrado que el tiempo indigente impuso sobre su existencia.

Tal como es posible leer en sus escritos y admirar en su existencia, para Solanes el hombre lo es, no tanto porque piense, como enseñara Descartes o porque actúe como insistiera Marx; sino porque con lucidez es susceptible de superar la indigencia de su condición. Allí, en la miseria indecible de su estado, puede reflexionar para curar y crear. De la indigencia a la iluminación y el develamiento. En medio de las ruinas, en el centro del foro fracturado, el hombre, en el destierro fáctico o en el imaginario, se propone la posibilidad de un tercer espacio que hemos dado en llamar **fundacional**. El hombre solanesiano posee una percepción agudizada del indigente paisaje de sus días y, a partir de lo pre-abismal, plantea la fundación. En su secuela moderna de *La Odisea*, Kazantzakis nos revela que apenas llegado a Itaca, Ulises tomó de nuevo los caminos del exilio para convertirse en fundador. Desde el norte de Africa hasta la Antártida se desplaza este Ulises presentido. Ya no el destructor de las murallas sagradas de Troya sino el fundador de nuevos discursos urbanos. Como este Ulises, Solanes ausculta para sí mismo, protagonista ceñido de su concepción del hombre, la necesidad de inscribirse en ese espacio tercero y fundacional. A Venezuela llega a transformar en términos prácticos esta visión antropocéntrica de fundador. Conocida de todos es su labor de veinticinco años en la Colonia Psiquiátrica de Bárbula. Actividad realizada con el amor indeclinable del que se acoge al "principio de esperanza" y lo opone al seductor sentimiento de miedo.

En un tiempo donde la siquiatria parece más preocupada por lo que el paciente dice que por lo que sufre, la enseñanza de Solanes resulta más vigente que nunca. Al hombre, que es el que habla, y no al habla olvidada del hombre, estuvo dirigida su práctica psiquiátri-

ca. El signo que pronuncia el paciente remite al dolor, es la razón de la ciencia médica, no el pretexto para una hermenéutica de pirotecias y extravíos. Como docente, la expresión más acabada del instinto fundador, se inicia, en nuestro país, en el año 1951, en la Escuela Nacional de Enfermería F. A. Rísquez. En 1959 es llamado por esta Alma Mater, que hoy lo reconoce, a ocupar la Cátedra de Psicología Médica, la cual ejerce hasta su jubilación en 1982. Allí fuimos testigos privilegiados de un ejercicio de sabiduría asumido con la sencillez y generosidad que signa a los verdaderos sabios. Un año después participa activamente Solanes en ese memorable Primer Curso de Post-Grado en Psiquiatría que organizara la Universidad de Carabobo, donde será oído con respeto y devoción por un escogido grupo de jóvenes médicos, algunos de los cuales se han acercado hoy a ofrecer su compañía al maestro en este día jubiloso. A sus discípulos más recientes, los que actualmente integran el Departamento de Salud Mental de la Facultad de Ciencias de la Salud, a su fervor solidario debemos la organización de este homenaje. Todos, y aún más, los que lo largo de más de veinte años, fuimos sus alumnos afortunados, hemos sido testigos asombrados de esa sostenida vocación para entender a los hombres, para utilizar la frase hermosa de Sartre, que caracterizó su ejercicio docente y profesional.

A los cuarenta y un años de su arribo a nuestras costas, la existencia de Solanes no ha cambiado de signos. Para él, el hombre sigue siendo un microcosmos posible. Enfrentado a la indigencia del desorden mental o al no menos indigente del desajuste existencial, el doctor Solanes ha mantenido la difícil fe en las posibilidades de este microcosmos humano. Desde su levantisca Tarragona, en donde sin saberlo asumió la condición de ciudadano de aquella Roma ejemplar de la República que monumentos tantos dejara en España, hasta el sol calcínico de Anare y hasta los bosques en extensión de la querida Bárbula, la conducta de este hombre ha sido la misma y única: sabia y ejemplar, generosa en amistad y modelos, profunda en la orientación y la enseñanza. A los cuarenta y un años de su llegada a nuestras latitudes de mares encrespados y gigantescos árboles florales, de tierras calcinadas y primaveras milagrosas, quisiéramos creer, como se lo anunciaba el iluminado y desgarrado vidente que fuera Antonín Artaud, que este cielo de Bárbula y Anare haya sido equivalente del azul profundo de sus cielos mediterráneos. En aquella carta, poco antes de la muerte de Artaud y meses antes del viaje de Solanes a Venezuela, el poeta escribía al joven sabio:



Su conferencia sobre el destierro me ha ocasionado un gran pesar; no pesar de leer, pesar a causa de lo que contiene, sino pesar del corazón, porque lo conozco y lo he buscado en ese texto y he sentido en cada página y cada frase un dolor, el del hombre que tiene un mal sobre él y que quiere arrancárselo a toda costa pero sobre quien el mal fue tan poderoso que incluso paralizó su rebelión profunda haciéndole olvidar la espantosa y desecante acritud de un rebelde, de un rechazado del corazón, hizo en el tiempo un resignado, que ahoga su pena y no puede incluso hablar de ello, pero de su pena no guarda ya sino precisamente aquello que él más hace: un estado de espíritu porque como Ud. tan bien lo dice, señor Solanes, el estado del alma hace olvidar el alma, no conozco la frase que Unamuno pudo escribir al respecto pero creo que para comprender el alma es necesario un día haber sido exiliado de su alma en lo que de hecho es más que un estado de alma y no un alma...

Todos los años pasados fuera del alma no, Sr. Solanes, no son años, y el sufrimiento del diente arrancado en el exilio del alma es un terror que el exiliado al borde del colapso del desgarramiento de su alma no siente más en el colapso impuesto a su cuerpo, pues el cuerpo es como una patria interna del cual ningún pedazo puede ser quitado sin exiliarnos cada vez un poco de alma. Es decirle que el ansia que Ud. sufrió en Ud. mismo cuando se le exilió de su verdadera patria, cualquier astucia que el mal y la dictadura de lo arbitrario hayan podido ponerle a hacerla olvidar para no dejar en Ud. sino un estado y no el alma que los dictadores guardan para ellos a domicilio en tanto que el exiliado no es más que un estado eventual y aleatorio de espíritu, esta ansia digo que Ud. sufrió en Ud. mismo la ha puesto su corazón al día a pesar del sufrimiento del exilio a fin de que Ud. rehaga en ella un alma nueva que por todas partes donde Ud. esté en adelante será para siempre su patria, y pueda Ud. hallar un día una tierra de donde nadie le exiliará porque será digna y sufriente como ella y la tierra como su alma no soportará más la separación.

El fascinante mundo del autoretrato

José Solanes

“Esto es lo que digo sobre todas las cosas: el hombre es lo que todos sabemos de vista”.

Demócrito

“Siempre mira el hombre al hombre con piedad en su retrato”.

Antonio Machado

Temprano en la prehistoria empezó el hombre a hacer retratos, temprano empiezan los pintores a autoretratarse. Michelena siguió a los 11 años. Y continuó a los 25 y a los 29. Otros han continuado toda la vida: es su manera de escribir memorias. Desde Holbein, pongamos como un punto de partida puesto que su autoretrato es uno de los más conocidos hasta Mario Abreu (puesto que el suyo es uno de los que más hay que conocer), es interminable la serie de pinturas en las que sus autores se escogieron como tema. Y no podemos decir que siempre por modelo, si pensamos en Bacon y sus tan numerosas y siempre resbaladizas pinturas, fugitivas y poco figurativas, para las que se inspiró en sí mismo y él llama autoretratos. Más ¿podemos pensar qué escogió por tema Caravaggio, además de autoretratarse?. Su cabeza figura ocupando curiosamente el lugar de la del Goliath decapitado en una de sus más notables pinturas. Miranda cuenta haber visto en Florencia “una colección de retratos de los más famosos Pintores hechos por ellos mismos”, y cita a *Vander Werft* entre ellos. Muy amplia tendría que ser ahora esta galería ya que, según alguien ha dicho, el siglo de las luces fue el del retrato y, por lo que va pareciendo, el que sigue no lo es menos. Pero los libros de arte son tan abundantes y con reproducciones tan bien hechas que bien podríamos ahorrarnos el viaje a Florencia si pretendiéramos escrutar lo que dicen los autoretratos. ¿Qué dicen pues?

Los autoretratos pueden estudiarse bajo los mismos principios que los dibujos infantiles. “Pinta una casa”, se dice a un niño. A éste por lo general le encanta obedecer en eso y pronto nos enseña lo que ha reproducido. Una casa ingrima y sola unas veces, con árboles cerca de ella otras veces, con un camino que conduce hasta la puer-

ta o sin camino ninguno levantándose entonces con basta fragilidad sobre la blanca nada del papel. Algunas de estas casas tienen el sol encima con muchos rayos por corona, otras también pájaros, otras sólo nubes... Los psicólogos piensan que pintando la casa, los muchachos se pintan a sí mismos y dan la clave para que les comprenda el que quiera comprenderlos. Así el pintor. ¿En qué marco, en qué compañía, en qué ambiente se presenta a sí mismo? También cuenta, claro está, el modo como se representa, pero raro será que no lo haga con la expresión obligada (si quiere ser fiel a la realidad) del hombre atento, meticulosa y críticamente pendiente de lo que hace, del hombre que pinta algo. Raras por consiguiente resultan las cabezas auto-degolladas como la de Caravaggio, atentas tan sólo, si acaso, a la propia agonía.

Hay autoretratistas a quienes les gusta perderse en los grupos que pintan. Michelena, por ejemplo. El Greco quiso que se le tuviera que buscar entre los caballeros que enterraban al Conde de Orgaz. Otros pintores habrá que se entretienen, aun no descubiertos, jugando en sus cuadros al escondite con los críticos. Más numerosos son los que se presentan solos, o en reducida compañía: reducida, pero siempre selecta. Por especialmente bien escogida tienen los médicos la de Goya en aquel autorretrato en que aparece, transido y demudado, sostenido por el colega que lo trataba. Velásquez es sin duda el que escogió más distinguido acompañamiento. La corte, con sus nobles personajes, chicos o grandes, y con gran perro, cortesano manso. Y con la estancia en que todos respiran, que como se sabe es el personaje principal, puesto que, según se ha afirmado, es el ambiente lo que Velásquez se propuso pintar. Nos referimos, ya el lector lo ha entendido, a las *Meninas*. ¿Y cómo se integra Velásquez al ambiente de la corte? No se integra. Allí está en su rincón, abstraído de su labor, ajeno a lo que pinta salvo en eso, en que lo pinta (y bien se ve el cuidado con que lo hace). Nos atreveremos a decir en que el Velásquez de las *Meninas* nos hace pensar: en el burro de Goya. Aquel que se descubre (pero hay que fijarse) en la pradera de *El Coloso o el pánico*: el Coloso se yergue altísimo, ceñudo, con los puños cerrados en el aire, nebuloso y horroroso; al pie, la gente, minúscula en comparación, corre presa de pánico, atropetándose mutuamente, abandonando carretas, cayendo asustados de sus monturas. Pero un burrito hay, cerca del ángulo inferior izquierdo de la pintura, impávido, sereno, al que se le ve mirar atentamente al suelo algo que le interesa. Así como el asno no se dejó distraer por el coloso, así Velásquez no se dejó distraer por la corte. Y resulta paradójico observar que es por eso que la pudo pintar tan bien.



Michelena. Autorretrato

Ver en una serie de autorretratos las memorias del pintor-modelo significa, en primer término, fijarse en el rostro y sus peripecias. Así creemos que, en Goya, para volver a hablar de él y puesto que tanto se autoretrató, podríamos con bastante precisión adivinar la edad en que se enfermó y se volvió sordo. Veamos si no al joven Goya que se autoretrata de pie, alto y delgado (más alto aun parece por el sombrerito que no se ha quitado), frente al caballete con sus pinceles en la mano, absorto en la tarea, más con un esbozo de sonrisa en los labios (colección de Villagonzalo), y contrastémoslo con el Goya maduro, destocado y despeinado, reducido a su propia cabeza, entristecido, atento y severo (Metropolitan). En uno de los últimos

retratos que se hace, al tener 70 años, aparece siempre serio pero ya resignado (Prado).

Contemplar la serie significativa también fijarse en el entorno, si entorno ha reconocido el autor tener, y las modificaciones que en él ha introducido. Limitémonos ahora el entorno inmediato, el que empieza junto al propio cuerpo (si no en él mismo, prolongándolo) ¿Qué tiene el autorretrato en las manos? ¿Qué vestidos trae puestos? ¿Qué se pone en la cabeza? Goya, pareciéndose a Churchill en el capricho de mudar cada vez al modelar, se pintó con sombrero redondo, con tricornio y (como Reverón) con sombrero de copa alta, pero las más de las veces con tan solo su propia cabeza. El pelo es contorno, intersección significativa con el entorno. Y algo participa de la melancolía del mundo en que se sentía vivir la enmarañada cabellera descuidada de su autorretrato del Metropolitan. Cristóbal Rojas imprime con su boina colorada un inquietante acento a su faz que, con bigotes en bayoneta, vemos surgir de la sombra. Boggio se autorretrata encima de su larga y blanca barba, como en un pedestal.

Las orejas, que constituyen sin embargo otro importante sector interseccionado del rostro, son en general poco aparentes en los autorretratos, una excepción nos parece el de Jacobo Borges: Las orejas y la sonrisa -una sonrisa de atención- son lo primero que salta en él a la vista.

Chardin no fue único en lo de plantarse ante su caballete con la cabeza envuelta en un pañuelo, pero su ejemplo no ha tenido sino pocos seguidores. Tampoco se le ha seguido en lo de mostrársenos con los lentes puestos: escasos serán los autorretratistas que consienten en tener efigie con anteojos. Y aquí volvemos a Goya: a los 41 años se nos presenta con gafas, y sin ellas aparece en varios retratos que se pintó en los largos años siguientes.

En cuanto a las manos, observamos que no todos los autorretratos dejan que se las vean: las escamotean representándose únicamente la cabeza y la parte superior del cuerpo. Y si las incluyen, no siempre es para dejárnoslas ver en su ocupación lógica, sosteniendo paleta y pinceles. Aquí tenemos a Durero: son la paleta y los pinceles lo que Durero escamotea. En un autorretrato se le ve con una flor en los dedos y en otro con las manos sencillamente plegadas. En sacro y dilatado entorno se autorretrató el mismo Durero una vez, el de la *Adoración de la Santísima Trinidad*, con posición en la que aparece, arrinconado y minúsculo, sosteniendo una tarja en la que lee que el cuadro lo hizo él, *Albertus Durer*, en el *anno a Virginis partu 1511* (y notemos cuán feminista nos resulta al verle dar comienzo a nuestra era no tanto por el nacimiento del Hijo como con el parto de la Madre).

Jan van Eyck se autorretrata interponiéndose entre dos novios, en una boda. Aprovecha para ello un espejo que ha colocado entre ambos: pequeño se pinta en él junto, otra vez, a los contrayentes que se ven (casi se ven) ahora de espaldas y empequeñecidos a la medida del artista. El Parmigiano es quizás el único autorretrato que ha utilizado un espejo curvo para buscar en él su propia imagen; y en un papel convexo la pintó al encontrarla, apareciendo allí con un lejano rostro de ojos semientornados y con una juvenil pero engrandecida mano en primer término.



A. Durero. Autorretrato.

¿Por qué, original Narciso, escogió el Parmigiano esa curiosa manera de cazar su reflejo en aguas deformantes? Para impresionar con su hazaña al Papa. Esta pintura, actualmente en Viena, es una de las tres que eligió para llevarse en su juventud a Roma, cuando a ella fue en búsqueda del mayor de los mecenas. Mucho contó pues ese autorretrato en su biografía. Eso nos lleva otra vez la atención hacia la afinidad que pueden tener autorretratos y memorias. No todos los escritores redactan las que de ellos aparecen: Victor Hugo encargó, por así decirlo, las suyas, como quien encarga un retrato. Mas, modelo imperioso, sin dejar al autor margen de iniciativa, lo que hizo fue sencillamente dictarlas a su mujer y así pudo aparecer el *Victor Hugo contado por un testigo de su vida*, memorias redactadas en tercera persona. Mas ese Hugo autor en cierto modo vergonzante de memorias, no tuvo reparos, aprovechando sus ya conocidas aptitudes para el dibujo, en hacerse un autorretrato. Es curioso que estén en él de perfil. Poco se han pintado a sí mismos de puro perfil, los pintores acreditados. Tan sólo entre los autorretratos cuyas reproducciones hemos últimamente podido contemplar, figura uno de Goya, el del sombrero de copa, en el que sí el autor está de lado, mas con un ojo, el izquierdo, viendo bien visto al espectador-pintor, viéndose a sí mismo. En su autorretrato, Victor Hugo mira adelante, no se ve, se da en puro espectáculo a que lo vean los demás.

El mal de ojo, que bastante ha dado a escribir, no ha sido, que nosotros sepamos, considerado en relación a los retratos. ¿Transmite la efigie del León XIII el mal de ojo que, según se afirmaba en su tiempo, su mirada iba dando? También los dos napoleones, el I como el III, fueron, tenidos como agentes del mismo mal. Esos retratos papeles e imperiales, todavía tan difundidos, ¿dieron, dan mal de ojo? Los que, fieles a una vieja y pertinaz convicción, siguen creyendo en esta maléfica virtud del ojeo deberían proceder a una investigación cuidadosa. Esta nos parecía especialmente indicada en el caso del Caravaggio. ¿No sería que el mismo se dio mal de ojo al retratarse en muerto o moribundo? ¿Qué ganó en hacerse pasar por Goliath decapitado?

La mirada de los moribundos y los muertos, dice la tradición, da también mal de ojo. Por eso se venda a los que van a fusilar: no para que no vean como los apuntan sino pare que los que les apuntan y disparan no les vean, a ellos, sus horribos ojos. También a las víctimas de la renaciente silla eléctrica les cubren el rostro, con una capucha. (No había para qué vendar a los que iban a la guillotina: La plancha fatal al bascular les ponía de cara al suelo). ¿Qué dio

al Caravaggio su falsa mirada de suplicado? Quizás le trajo su propio, y temprano, parecer. Sucumbió a los 37 años, robado y abandonado a la intemperie, en una playa del mar Tirreno, camino de Roma. De una fiebre maligna, se pretendió.

Ni los críticos ni los propios autorretratistas ni el público nos hemos detenido mucho a meditar sobre el importante pensamiento de Pascal acerca del parecido en el arte pictórico: "Qué vanidad la de la pintura que nos lleva a sentir admiración por cosas cuyos originales nos admiramos!".

algunos datos biográficos

José Solanes Vilapreño.

Nacido en Pla de Sta. María (Tarragona, España) el 17 Nov. 1909. Se instala en Venezuela en 1949 y en 1957 le es conferida la nacionalidad venezolana.

ESTUDIOS REALIZADOS

Primaria y Secundaria

- Cursadas en Pla de Sta. María y Tarragona (Instituto General y Técnico M. Arenas).

Superior.

- Universidad de Barcelona (España) 1925-32. Diploma obtenido: LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGIA.

- Universidad de Toulouse (Francia) 1939-44. Diplomas obtenidos: Certificat D'Etudes Francaises Superieures y Diplome Pour L'Enseignement Du Français á L'Etranger.

- Universidad Central de Venezuela. Caracas. 1957. Diploma obtenido: Médico Cirujano.

- Universidad de Toulouse-Le Mirail. Reanuda durante su año sabbático los trabajos iniciados en 1939-40 y sostiene en 1980 su tesis para el doctorado de Universidad en Letras. Diploma obtenido: DOCTEUR DE L'UNIVERSITE DE TOULOUSE-LE MIRAIL MENTION LETTRES (PHILOSOPHIE) (décerné avec la mention Très Honorable).

ACTIVIDAD PROFESIONAL

- 1933-36. Ingresado por concurso al Instituto "Pedro Mata de Reus" (Director Dr. E. Mira y López), se inicia en estos años en la actividad psiquiátrica.

- 1937-38. Forma parte en España de los Servicios Psiquiátricos Militares del IV Cuerpo del Ejército.

- 1944. Habiéndose trasladado a Francia, reanuda la actividad psiquiátrica al ser nombrado médico interno del Hospital Psiquiátrico de Rodez (Direct. Dr. Ferdière).

- 1945-46. Pasa al Hospital Psiquiátrico de Ste. Anne en París, en donde ejerce funciones de interno (Dr. Guiraud) y sigue las enseñanzas de E. Minkowski.

- 1946-49. Médico interno de la Clinique Médicale du Centre (Blois) (Direct. Dr. M. Renard).

- 1949. Contratado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, viaja a Caracas y es nombrado Director Encargado de la Clínica Psiquiátrica de Anare.

- 1952. Al inaugurarse la Colonia Psiquiátrica de Bárbula, pasa a este instituto en calidad de Médico-Jefe de Servicios en el que sigue hasta su jubilación en 1977. En este lapso tuvo a su cargo la Terapéutica Ocupacional y dirigió el primer curso de Auxiliares en T.O.

ACTIVIDAD DOCENTE

1951-63. Desempeña la cátedra de Psicología e Higiene Mental en la Escuela Nacional de Enfermeras "F.A. Risquez".

1959. Es nombrado Profesor de Psicología Médica en la Facultad de Medicina de la U.C.

1967. Es nombrado Jefe de la Cátedra de Psicología Médica y Psiquiatría de la misma Facultad.

1979. Es nombrado Jefe del Departamento de Salud Mental de la Facultad de Ciencias de la Salud, cargo que ocupa hasta su jubilación en 1982. En este período va desarrollando paralelamente actividades autoformativas, de extensión y representación.

1972-73. Participa en los seminarios y talleres de Actualización Didáctica (formulación de objetivos, evaluación del aprendizaje, etc.), organizados por la Asociación de Facultades (Escuelas) de Medicina.

1968. Participa en el Seminario de Epidemiología para Clínicos organizado por la Asociación de Facultades y la Oficina Sanitaria Panamericana.

1960-61. Profesor de Psicología en el I Curso de Post-Grado en Psiquiatría de la U.C.

1964. Profesor de Terapéutica Ocupacional en el IV Curso de Post-Grado en Psiquiatría de la UCV.

1969-73. Delegado principal de la Facultad de Medicina en el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

ACTIVIDAD EN SOCIEDADES

a) En Venezuela.

1951. Es admitido en la Liga Venezolana de Higiene Mental.

1959. Ingresa a la Sociedad Venezolana de Psiquiatría y participa en la fundación del Capítulo Carabobeño de la misma.

1964-65. Ejerce la Presidencia del mencionado Capítulo.

1967. Presidente del II Congreso Venezolano de Psiquiatría.
 1975-76. Presidente de la Sociedad Venezolana de Psiquiatría.
 1985. Vice-Presidente del Congreso Internacional para la Prevención del Suicidio, celebrado en Caraballeda.
 1985. Presidente del XI Congreso Venezolano de Psiquiatría.

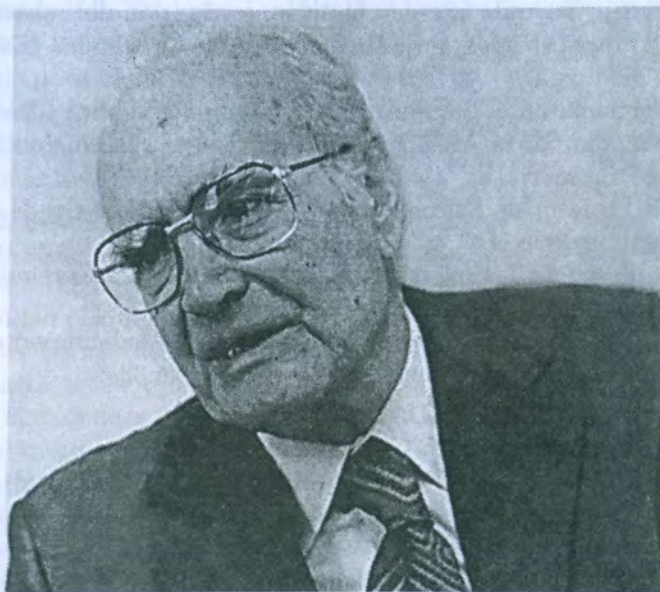
b) En el exterior.

1975. Es nombrado Miembro Correspondiente del Groupe de l'Evolution Psychiatrique de Paris.
 1989. Es nombrado Miembro Correspondiente de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

TRABAJOS

a) Libros

1967. *Introducción a la Psicología Médica*. 1 vol. Editorial Médica Venezolana. Caracas (reeditado en 1976 por la Dirección de Cultura de la UC).
 1980. *Les noms de l'exil et l'espace de l'emigration. Etude anthropologique*. Tesis para el grado de doctor en Filosofía. Universidad de Toulouse-Le Mirail. La versión castellana ampliada está programada por Monte Avila con el título *El tiempo del destierro y el espacio de la emigración*.
 1984. *El campo de la Psicología Médica*. 1 vol. Ed. Espasaandé. Caracas.



b) Comunicaciones de carácter científico.

1937. "Contribución al estudio de las personalidades post-traumáticas". *Revista catalana de Psiquiatría y Neurología*. Vol. I N° 2. Barcelona.
 1937. "La Psicoterapia de los síndromes psiquiátricos de guerra". *Revista de Psicología y Pedagogía*. Vol. VII N° 17, Barcelona.
 1948. "Exil et troubles du temps vecu" *L'Hygiene Mentale*. No. 5. Paris.
 1950. "La subdivisión clinique du groupe des schizophrenies" (en colab. con los Drs. Mateo Alonso y Sanz Castrillo), comunicación al I Congreso Internacional de Psiquiatría. Paris. Versión castellana en *Acta Científica Venezolana*". Vol. I N° 4. Caracas.
 1951. "La estructura espacio-temporal del mundo de los emigrados", comunicación al IV Congreso de Salud Mental. México. *Revista Policlínica Caracas* Vol. XIX. N° 120.
 1955. "Índice de las frases usadas como divisa en los vehículos. Su alcance psicológico". Comunicación a las I Jornadas Nacionales de Higiene Mental. *Revista de Sanidad y Asistencia Social*. Vol. XX. N° 1-4. Caracas.
 1955. "El uso de las corrientes unidireccionales en Psiquiatría" (en colaboración con el Dr. Araujo). *Archivos Venezolanos de Psiquiatría*. Vol. I N° 4. Caracas.
 1957. "Estudios catamnésicos sobre las esquizofrenias en Venezuela" (en colab. con el Dr. Mateo Alonso, el Dr. Andrade y otros), comunicación al II Congreso Int. de Psiquiatría. Zurich. *Congress Report* Vol. I. Orell Fussli.
 1958. "El problema del enfermo mental llamado crónico". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. IV N° 11. Caracas.
 1958. "Consideraciones sobre el lugar que corresponde a la laborterapia en la organización de la asistencia psiquiátrica". *Boletín de Salud Mental*, órgano de la División de H.M. de Ministerio de S. y A.S. N° 1.
 1959. "Terapéutica Ocupacional, resumen de las lecciones dictadas" *Boletín de Salud Mental*. N° 5.
 1959. "Un ensayo de Terapéutica Ocupacional Mixta" (en colab. con el Enfermero Jefe Sr. Juan Novak) *Arch. Venez. de Psq.* Vol. V N° 12.
 1961. "Una precursora criolla de la Enfermería Psiquiátrica: Celine Alvarez Baa, enfermera de Adele Hugo", comunicación al II Congreso Panamericano de Historia de la Medicina. *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina*. Vol. IX N° 32.

1962. "El enfoque autobiográfico de las adicciones" *Nuestra Psiquiatría* N° 2. Caracas.
1964. "Las estadísticas venezolanas de mortalidad y su alcance médico-psicológico", comunicación al IV Congreso de la Sociedad Colombiana de Psiquiatría. *Revista Colombiana de Psiquiatría*. Año 1954, pp. 267-74.
1967. "El hombre y su Psiquiatría en los últimos veinticinco años", comunicación a las Jornadas Conmemorativas del XXV aniversario de la S.V.P. Universidad de Carabobo N° Nov-Dbre. 1967.
1967. "El médico, su personaje y su persona". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XIII N° 28.
- 1969 "Jaspers en situación". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XV N° 32.
1969. "Suicidios e intentos de suicidio por ingestión de tóxicos en una capital regional". *Ciencia al día*. Año VIII N° 3. Caracas.
1970. "Mecanismos psicológicos de entrada e instalación en la enfermedad. Sus particularidades en la Epilepsia". *Rev. Venez. de Psq.* Vol. XVI. N° 35.
1970. "Mateo y la muerte". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XVI N° 34.
1971. "Agorafobia vs. mareo". Comunicación al I Congreso Venezolano de Hipoacusia y Lenguaje. *Actas* (Dr. Celis Blaubach, ed.) Imp. Central. Valencia.
1971. "Artesanía Indígena y uso de drogas". *Relación criminológica* Año IV, N° 7.
1972. "Gregorio Bermann o del ser y el saber". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XVIII N° 38.
1972. "La alienación y los alienados". Ponencia al IV Congreso Venezolano de Psiquiatría. *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XVIII N° 39.
1973. "Lecturas y hallazgos. ¿Quién fue Placebo? *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XIX N° 40-41.
1973. "Introducción a la iconografía de Prinzhorn", comunicación a las Jornadas sobre Arte Psicopatológico "Dr. Teodoro Riskey Figueras". *Actas* (texto mimeograf.)
1974. "¿Quiénes son los crónicos? ¿Qué es la cronicidad? Ponencia a las Jornadas Venezolanas de Psiquiatría. Mérida. *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XX.
1974. "La Enseñanza Psiquiátrica en el pre-grado de Medicina". Correlato al II Congreso Venezolano de Psiquiatría. *Actas* (ed. Dr. P.J. Téllez C.). Dirección de Cultura de la UC.
1975. "Acerca de la Clínica de la depresión", comunicación a las II Jornadas de Psiquiatría del Hospital Universitario Caracas. *Actas* (texto mimeografiado).

1976. "Los primeros cuidados. Apuntes sobre su psicología e historia (Acerca de un Aviso al Pueblo de 1975)". *Arch. Venez. de Psq.* Vol. XXII N° 46.
1979. "El trabajo: su aspecto terapéutico y su aspecto servil", comunicación al XI Congreso Latinoamericano de Psiquiatría. *Actas* (texto mimeografiado).
1983. "La Etica a la luz del suicidio", comunicación al XII Congreso Int. para la Prevención del Suicidio. *Actas* (texto mimeografiado).
1981. "Tres proposiciones sobre Etica Psiquiátrica", comunicación al IX Congreso Venezolano de Psiquiatría. *Actas* (texto mimeografiado).
1985. "La búsqueda del órgano estético", comunicación a las I Jornadas del Centro de Investigaciones Neurológicas y Psiquiátricas de Caracas. *Folios de Monte Avila*, N° 5.
1985. "Kraepelin y su clínica en 1908: testimonio de un paciente (acerca del folleto anónimo *Memorias de un lunático*, Zaragoza, 1927)", comunicación al XI Congreso Venezolano de Psiquiatría. *Actas* (texto mimeografiado).
1986. "Los niños selváticos: el caso de Marcos de Sierra Morena", conferencia en el Departamento de S.M. (texto mimeografiado).
1987. "Etica y Psiquiatría", conferencia en la Unidad de Psiquiatría "Mata de Gregorio" del IVSS (texto mimeografiado).
1987. "Vida y muerte de las enfermedades. Consideraciones al margen de la viruela y la nostalgia" en *Jesús Mata de Gregorio, Libro Jubilar*. SVP. ed. Caracas.
1988. "La Etica médica en Hipócrates y Maimónides: diferencias de enfoque", contribución a la Mesa Redonda sobre Etica organizada por la SVP. *Actas* (texto mimeografiado).
1989. "Pinel: sus adversarios y colaboradores", contribución al Coloquio sobre la Revolución Francesa organizado por el Dpto. de Salud Mental de la UC (texto mimeografiado).
1989. "La Etica treinta años después", conferencia en las Jornadas Conmemorativas del XXX aniversario del Capítulo Carabobeño de la SVP y X Aniversario del Dpto. S.M. de la UC, en *Senderos de la Psiquiatría* 1er. Vol. ed. por Dirección de Cultura de la UC (en prensa).

c) Ensayos y artículos de carácter humanístico

1966. "De los soliloquios y sus misterios". *Separata*, Noviembre.
1969. "El último test". *El Carabobeño*, 7 noviembre.
1970. "Breves observaciones sobre el lenguaje". *Separata*, Octubre.

1971. "Acerca de la alienación y los alienados". *Zona Tórrida*, N° 1.
1971. "Admirar y traducir. Introducción a Francis Ponge". *Poesía*, N° 2.
1973. "Misterios de la traducción". *Arch. Venez. de Psq.* Vol XIX. N° 40-41.
1973. "Breve Psicología del retrato". *Zona Tórrida*, N° 4.
1981. "Lugar del sueño en la conducta suicida". *Zona Tórrida*, N° 13-14.
1981. "Acerca de Carlyle, el Tiempo y el Destierro". *El Universal*, Culturales, 15 Noviembre.
1983. "Grotius o el escapismo ilustrado". *El Universal*, Culturales, 28 Junio.
1983. "El soberbio Orinoco y la soberbia de la razón". *El Universal*, Culturales, 28 Julio.
1983. "Las dos vertientes del suicidio". *El Universal*, Culturales, 2 Octubre.
1985. "Juega el Sol antes que amanezca". *El Universal*, 26 Agosto.
1985. "Las nieves del Trópico". *El Universal*, Culturales, 5 Mayo.
1985. "Gallegos y Lichtenberg". *El Universal*, Culturales, 24 abril.
1985. "El fascinante mundo del autoretrato". *Imagen*, Octubre.
1986. "Breve antología del cero". *El Universal*, Culturales, Agosto.
1989. "Acerca de Reverón o del buen uso de la locura". *Imagen*, Mayo.
1989. "Pessoa, Perse y los Príncipes del Exilio". *Imagen*, Octubre.
1989. "Mrs. Caldwell habla a los lectores de Cela". *El Carabobeño*, 19 Noviembre.
1990. "Memoria y memoriante. Notas acerca de memoria y persona". *Zona Tórrida*, N° 19.

RECONOCIMIENTOS Y DISTINCIONES

1964. Diploma de reconocimiento de los egresados del IV Curso Post-Grado en Psiquiatría de la UCV.
1967. Se le confiere la Medalla de Bronce de la Universidad de Barcelona.
1970. En tanto que profesor homenajeado, los egresados de la VII Promoción de la Facultad de Medicina de la U.C. le entregan placa de reconocimiento.
1972. Los empleados y obreros de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula acuerdan dar su nombre a la Biblioteca por ellos organizada.
1982. El Señor Ministro de Sanidad le confiere la Orden de Mérito al Trabajo en 1ª clase.
1983. La SVP, le entrega placa de reconocimiento por su actuación

- profesional en la Psiquiatría del país.
1984. El Magnífico Rector de la UC le confiere la Orden Miguel J. Sanz en 1ª clase.
1985. Es nombrado Consejero y Miembro de Honor del Centro de Investigaciones Neuropsiquiátricas de Caracas.
1986. En el Día del Psicólogo, el Colegio de Psicólogos le hace entrega de un diploma en honor a su "labor pionera".
1987. La SVP le hace entrega de una placa de reconocimiento por su actuación en la enseñanza de la Psiquiatría en el país.
1987. En ocasión de su 77º aniversario los colegas de la especialidad en el país, organizan y celebran en Valencia las Jornadas Psiquiátricas Dr. José Solanes.
1988. La Sociedad Amigos de Valencia le otorga un diploma en honor a su "meritoria conducta cívica".
1988. La señora Alcaldesa de Valencia le confiere la Orden de Valencia.
1989. La Señora Decana y el Consejo de Facultad de Ciencias de la Salud le confiere diploma de reconocimiento en su calidad de Jefe fundador del Departamento de Salud Mental y por el conjunto de su prolongada labor docente.
1990. La Universidad de Carabobo a través de su Consejo Universitario le confiere el Doctorado Honoris Causa, en Medicina, el 2 de abril de 1990.

CONTENIDO

Presentación	7
José Solanes y su estudio del destierro. <i>Eugenio Montejo</i>	10
La Tarea de las Palabras. <i>José Solanes</i>	21
Docilidad de las palabras y soberbia de la razón	22
De las buenas y de las nefandas palabras	28
Palabras contadas	30
Prólogo del libro "Los nombres del exilio". <i>Pedro Grases</i>	33
Acta N° 824 del Consejo Universitario	41
Decreto Rectoral	42
Acerca de la gratitud. <i>José Solanes</i>	44
José Solanes: Médico y pensador de un tiempo indigente. <i>Alejandro Oliveros</i>	51
El fascinante mundo del autorretrato. <i>José Solanes</i>	61
Algunos datos biográficos	68

CONTENIDO

7 Presentación

10 José Solanes y su estudio del lenguaje. Eugenio Montale

21 La Tercera de las Palabras. José Solanes

22 Luchando de las palabras y sobornando de la razón

28 De las buenas y de las malas palabras

30 Palabras contadas

33 Prólogo del libro

41 A la N. 824 del C. O. de

42 se terminó de imprimir en los talleres de

44 Editorial Tatum, C.A. en el mes de junio de 2001

51 José Solanes. Médico y pensador

61 El fascinante mundo del psiquiatra. José Solanes

68 Algunos datos biográficos

Dr. JOSÉ SOLANES VILAPREÑO
un científico humanista
Colección "Personajes Universitarios", N° 4
se terminó de imprimir en los talleres de
Editorial Tatum, C.A. en el mes de junio de 2001

A diez años de la muerte de José Solanes Vilapreño -10 de marzo de 1991-, la Universidad de Carabobo, a través de la Oficina del Cronista y su colección "Personajes Universitarios", quiere rendir homenaje al insigne maestro y al hombre universal que personifica Solanes, a lo largo de su actividad docente desde 1959, como uno de los eminentes profesores fundadores de la Facultad de Medicina de la alta casa de estudios.

Hombres como Solanes Vilapreño, dignifican y enaltecen a la Universidad, y la justifican cada día más como "casa que vence las sombras" y "luz de una tierra inmortal", como reza nuestro himno universitario. La obra del docente, la calidad humana e intelectual y la sencillez extrema de su vida, son ejemplo a seguir siempre por los universitarios carabobeños. La palabra "gracias" en boca de Solanes, al momento de recibir el Doctorado Honoris Causa, resumió todo el caudal de alma y corazón que invadía su humanidad. Era su despedida ante discípulos, compañeros de docencia y gente amiga. Al año se exiliaba para siempre.



UNIVERSIDAD DE CARABOBO
EDICIONES DE LA OFICINA DEL CRONISTA
SECRETARIA
2001
